

83
CC

SANTIAGO

RUSINOL

LA NOCHE

DEL AMOR

PQ6633

.U34

N6



1020027957



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La noche del Amor

DRAMA LÍRICO

EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO

ESCRITO EN CATÍAN POR

SANTIAGO RUSIÑOL

ADAPTADO AL CASTELLANO POR

J. Jurado de la Parra

MÚSICA DEL MAESTRO

E. MORERA

MEXICO

CASA EDITORIAL "EL FENIX,"

CALLE DEL LEÓN, NUM. 1

1905

100329



31475

862

R.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



P 6633

.U34

76

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

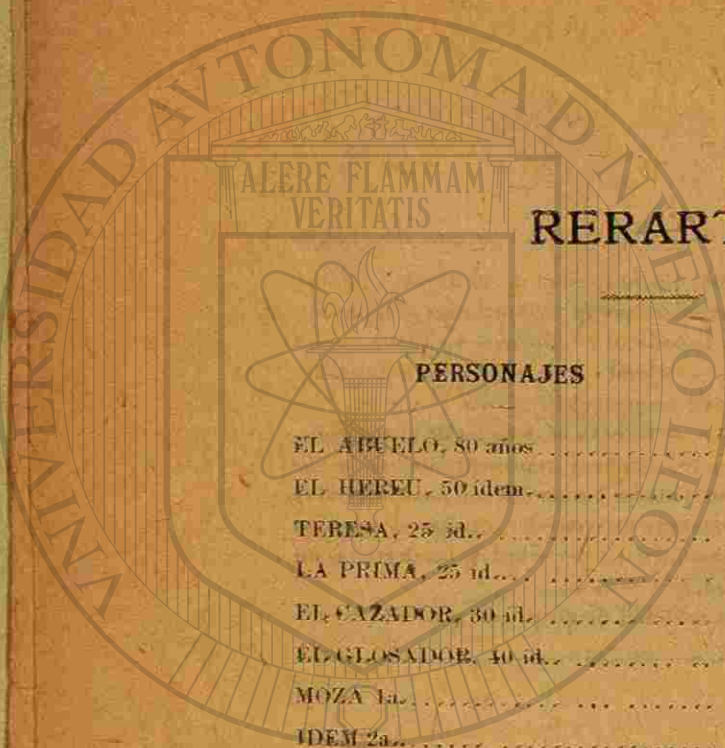
Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

87418



RERARTO

PERSONAJES

EL ABUELO, 80 años

EL HEREU, 50 idem

TERESA, 25 id.

LA PRIMA, 25 id.

EL CAZADOR, 30 id.

EL GLOSADOR, 40 id.

MOZA 1a.

IDEM 2a.

CORISTA 1a.

IDEM 2a.

CORISTAS, MOZOS Y WEZAS.

ACTORES

SR. LARTE.

GONZÁLEZ.

SRA. ROCA.

SRTA. COLOKADA.

SR. BORRÁS.

GONZÁLEZ.

SRTA. PÉREZ DE VARGAS.

ESIDO.

SR. SALA.

BAYLÉS.

DIRECCIÓN GENERAL DE B. TECAS

La acción en las afueras de una aldea catalana.

ACTO UNICO

Es a media noche. A un lado una gran alquería plateada por la luna; delante una era; al otro lado un bosque de pinos altos y derechos, simétricamente enfilados; a lo lejos el bosque, y más lejos la llanura. En el confín la montaña. En primer término una hoguera, otra más lejos, y otras y otras se verán flamear diseminadas por la montaña y por la llanura. Es una verdadera noche de estío, con la solemne quietud de las noches serenas y la melancólica claridad de las noches claras. Una de esas noches en que las canciones parecen tener más espacio para extenderse y los corazones más afán por recibirlos. Es la noche de San Juan.

ESCENA PRIMERA

EL ABUELO, TERESA, la PRIMA, MOZAS, CHICOS y ZAGALONES de la masía. Los Chicos saltan la hoguera alborozados. Las Mozas sentadas, unas sobre la yerba y el musgo, otras sobre las piedras, ríen al Abuelo y aplauden a los Chicos que saltan. Teresa apartada del grupo y visiblemente preocupada, junto a la Prima, y ambas sentadas también. Por entre los pinos se ven pasar parejas de enamorados.

CORO. (Aquí canta el núm. 1o. que va en el Apéndice, cuya letra ha sido adaptada por el maestro Gay.)
MOZAS. *Aplaudimiento a los que saltan.* ¡Bien!, bien! Ese saltó más alto.
ABUELO. Vamos. Arriba. Saltad otra vez y saltad otras ciento, que ya llegará día en que no podáis saltar. *(Los chicos saltan unos detrás de*

6
Otros, la hoguera; las mozas los aplauden con
júbilo; y ellos, con gran algazara, salen de la
escena por la izquierda.)

(Saltando.) Yo, más alto que la llama.
Y yo, más alto que el humo. (Vanse los
chicos)

ABUELO. Envidia me da.

¿Qué también saltaba usted, abuelo?

¿Si saltaba? Mira tú si las saltaría, que aun
hoy, de pensarlo, siento aquí, en el corazón,
las quemaduras del fuego de entonces... El
calor de la noche de San Juan no se pierde
en toda la vida.

(Aparte.) ¡Ay, es cierto! (Como suspirando).
¿Y qué será, abuelo, que cada año, cuando
llega esta noche, siento una... ¡vaya!... así
como deseo de enamorarse?

¿Que qué será? Que es fuego de verano de
ese que abrasa por dentro. Yo, la noche de
San Juan, me he enamorado todos los años,
todos!

Já, já, já.

No os riais, no.

¿De la misma s'empre?

Siempre de la que tenía más cerca.

¿Tan viejo?...

Tan viejo... Tan viejo... Nunca es uno viejo
en la noche de San Juan. Tengo ochenta...
Pues puedo aseguráros que, poco ó mucho,
me he enamorado ochenta veces. Hasta de
la nodriza, cuando era chiquitín.

Vamos, abuelo.

Como estas son cruces, creedme. Hice siem-
pre lo que los pajarillos, al llegar esta no-
che... pio... pio... y repío... pio... y yengan
cantares y enamoramientos adentro. A los
seis años ya comencé á trabajar, á remover
terrones, á sembrar el pan y á sudarlo de

7
sobra... Y ochenta años de mirar á la tierra
cansan mucho, hijas mías... Cansan tanto...
tanto, que si no pudiéramos mirar hacia ar-
riba una noche siquiera, la tierra seria tan
dura, tan áspera, que no valdria la pena de
vivir.

PRIMA. A mí me pasa lo mismo. Esta noche no haria
más que cantar... reir... qué se yo....

ABUELO. Si cantas, es que amas.

PRIMA. ¡Bah, abuelo! ¿A quién?

ABUELO. A ninguno, pero amas.

PRIMA. ¡Ay! ¡Qué lástima que no sea alguien ese
ninguno!

MOZA 1a. Pues yo también tengo ganas de cantar y no
estoy contenta.

ABUELO. Entonces tú ya sabes á quién quieres.

MOZA 1a. ¿Cómo sabe usted eso?

ABUELO. Porque cantando quisieras hacerle venir.

MOZA 1a. Es verdad; pero preferiria que no viniese.

ABUELO. ¿Por qué?

MOZA 1a. ¿Será usted capaz de guarda-me el secreto?
Sí, dílo.

MOZA 1a. ¿No lo contará usted á nadie?

ABUELO. Dílo, mujer

MOZA 1a. (Con misterio y confidencialmente al Abuelo.)
Porque el otro día, de día, me quiso dar un
beso y yo no quise; y hoy... de noche...
si viniese....

ABUELO. Querrias. ¿No es verdad?

MOZA 1a. Hoy sí. Hoy le besaría yo, hasta que el co-
razón me dijese basta, y creo que no me lo
diría hasta que volviese á amañecer... ¿Ver-
dad que esto no es malo, abuelo?

ABUELO. No te digo que Dios te haga buena, porque
ya lo eres.... ¡Hoy lo perdona Dios to-
do!... Dios sabe lo que es querer, y quie-
re que todos nos queramos. Oíd, muchachas:
en tal noche como esta, el Señor llama á

un ángel, y le dice... «Escucha, ángel...»

MOZA 2a.

ABUELO.

El cuento de siempre, hija mía. «Escucha, ángel—le dice el Señor.—Allí, en un rincón de la tierra, en donde todo el año sólo hablan de intereses y de fincas y de casamientos con capitulaciones, hay unos pueblos que podrás conocer por una cosa: aquellos que tengas más ganas de no ver y menos ganas de quedarte. ¡Quédate allí, aquellos san!...»

Vuela deprisa, ángel, y enséñales por una noche lo que es vivir, lo que es soñar, y... todo lo que no tengo que explicarte y de lo que tenemos llena la gloria.»

PRIMA.

ABUELO.

¡El amor, hijas mías, el amor! Primeramente —le encarga Dios al ángel—no les dejes dormir esta noche. Que vean que hay estrellas en el cielo, que dentro de ellos mismos llevan una cosa que en todas partes se llama corazón, y... hazlos amar; sobre todo, hazlos amar, ángel. Sepan esos pobres, una vez siquiera, qué cosa es este gran consuelo de la vida. Esos desgraciados viven todo el año en seco, con tanta sequedad, que ni tienen agua para el llanto.» Y el ángel baja, poco a poco, poquito a poco, y el gran tunante os encuentra y os hace cosquillas en el alma.

PRIMA.

TERESA.

ABUELO.

Si que es verdad, abuelo, si que es verdad. ¡Ay, tan verdad como es!

Y como Dios no hace nunca las cosas a medias, le encarga al sol que se oculte pronto; y a la niebla que se disipe y a las estrellas que no se escondan, y hasta hace salir a la luna... y venga encender fuegos y más fuegos, que no son como los de los demás días, son fuegos que hacen saltar a las mo-

zas con más afán, que junta a los enamorados en parejas, que acercan más las madres a los hijos, para que les den el calor de la vida, y que hasta a los caducos viejos, les mueve un poquito el corazón a la esperanza. ¡El abuelo tiene razón! ¡Muy bien, viejo caduco!

PRIMA.

ESCENA II

DICHOS y el HEREU.

HEREU.

(Saliendo por la puerta de la casa, desde donde escucha las últimas palabras del diálogo, renegando.) Tiene razón... Tiene razón... Me parece que ya es hora de dormir... ¿Hasta cuándo va a durar la velada?

ABUELO.

(Con impetu de reproche.) Todo lo que dure la noche. Hoy no mandas tú. Hoy no teremos sueño.

HEREU.

ABUELO.

Pe, o lo tendreis mañana y hay que trabajar. Deja esta noche siquiera ser jóvenes a los que lo son. ¿No es verdad, muchachas?

MOZAS.

HEREU.

ABUELO.

HEREU.

Si, si.
Al mundo hemos venido para trabajar. Trabajar... trabajar. ¿Qué, no se ha de aprovechar un momento que valga la pena? Estos momentos no dan nada. Al contrario, nos quitan.

ABUELO.

PRIMA.

ABUELO.

Si, nos quitan pesares.
El abuelo tiene razón, Hereu.
Claro está que la tengo. Yo he trabajado más que tú en este mundo. Como que tanto remover la tierra parece que me quiere y que me llama. Los terrones que me llaman podrán apoderarse de mis huesos, ya viejos

¡Cansaos! pero los que tengo aquí dentro, te juro que no. El corazón es siempre joven. Dios os ilumine. A vuestra edad, son esas ilusiones ridículas.

HEREU.

ABUELO.

¿Y tú no las tienes? ¿No lo son ese afán de llenar los graneros, y siempre más grano... y más grano... y exprimir, y exprimir la tierra para arrancarle hasta las entrañas? Los campos, si no se trabajan, no dan.

ABUELO.

HEREU.

No te apures, hombre, no te apures. A tus campos los tienes tan hechos á dar trigo, que hasta el año que no siembras te lo darán. ¿No ves que ya lo dan por rutina?

HEREU.

Usted si que comienza ya á hablar por rutina. ¿No ha hecho usted lo que yo cuando era joven?

ABUELO.

Oye tú. Yo recogía y guardaba para vosotros; pero tú no sé para quién recoges y guardas. Es verdad que yo cosechaba trigo; pero también he cosechado hijos que lo comiesen. Tú, trigo, nada más que trigo... Hijos, Dios lo dé. Para cosechar hijos siempre estuviste de seco.

HEREU.

¿Es mía la culpa de eso?

ABUELO.

Sí, tuya y muy tuya, que te casaste por *granar*, pero *sin florecer*... Tú no has querido por la noche... ¿No cogerás nada por el día! Bueno, bueno... Basta ya, padre. Cada uno, es cada uno. Lo mejor es lo positivo, y por lo positivo estoy, por la claridad, por la verdad, siempre por la verdad.

ABUELO.

Conviene engañar á los enfermos poco á poco.

HEREU.

Es que yo no lo estoy.

ABUELO.

Vaya si lo estás.

HEREU.

¿Qué enfermedad tengo?

ABUELO.

¿Quieres que te lo diga?

HEREU.

Sí.

ABUELO.

Pues la más grave de todas. Sequía de corazón. Que no sabes amar. Tienes una mujer joven como la primavera, hermosa como las flores de Junio: estamos en la noche de San Juan, y hablas de dormir. ¿Quieres más enfermedad todavía? ¿La quieres más grave? Que Dios le devuelva á usted el juicio.

HEREU.

ABUELO.

El te haga perder un poco del que te sobra.

MOZA 1a.

¡Callad, callad! ¿No oís la rondalla?

MOZA 2a.

Es verdad. Aquí se acerca. *(Una rondalla de mozos coristas, que se habrá oído cantar dentro cuando se indica, entra en la escena con gran algazura, llenando en medio al Gladiador.)*

Coro.

(Aquí canta el número segundo.)

ESCENA III

DICHOS, GLADIADOR y los CORISTAS. Al verlos aparecer, las mozas les aplauden con gran contento.

ABUELO.

Así me gusta; que os hayaís traído la juventud y la alegría. ¿No es verdad, muchachas?

MOZA 1a.

La verdad es que ya sabíamos que vendrían y los esperábamos.

PRIMA.

Es claro, que los esperábamos.

CORIST. 1o.

Nosotros no faltamos nunca. Esta noche no hay que dar reposo ni á los pies ni á la garganta.

HEREU.

Sí; y mañana á bostezar.

ABUELO.

¿Otra vez vuelves á gruñir?

CORIST. 1o.

Mañana será otro día, Hereu. Hoy hasta el Gladiador traemos, que cantará, bailará y nos dirá la buena ventura.

MOZAS.

Sí, sí...

HEREU.

Vaya un buenaventurado... Necio y simple más grande.

GLOSADOR. Eso no lo soy más que de día, Hereu.

CORISTAS. Já, já, já

GLOSADOR. ¿No sabéis por qué lo soy? Porque de tanto trabajar al sol, el maldito me ha quemao la sesera.

CORIST. 1o. Já, já, já. Puede que sí.

GLOSADOR. No es que puec ser... *(Todos se ríen)* ¿Os reís? ¿No se secan los terrones? Pues también se seca la cabeza. ¡Recontra! Vaya. De tanto sol como he pillao, me siento al medio día, tonto... tonto... tan tonto como un campo sobre el que no haya llovido en seis meses. Pero, recontra, viene la luna, me refresca, y ya podeis pedirme canciones con la luna.

CORIST. 1o. Creo que tiene razón.

ABUELO. Razón y talento, ya lo creo.

GLOSADOR. Yo soy de una tierra en la que cae mucho sol, mucho. Un sol que quema, emborracha, atontonda, como vino de racimos de parra.

ABUELO. Estos abogaos de cara al sol relatan que da gusto. *(Alto.)* ¿Y de dónde eres tú?

GLOSADOR. De allá, de Mallorca, de una isla rodeá toa de azul y sonrosá y mas bonita que toas las muchachas rubias de la tierra.

ABUELO. ¿Eras campesino allá abajo?

GLOSADOR. Cantaor de campesinos.

HEREU. ¿Qué oficio es ese?

GLOSADOR. El oficio más alegre del mundo, si fuera seguio, recontra. Pero por allá no se canta más que una vez al año.

HEREU. ¿No te dolerán los huesos del oficio?

GLOSADOR. Too es trabajar, Hereu. El que pone lo suyo no está obligao á más.

CORIST. 1o. ¿Cuándo se canta? ¿Cuándo mandan?

GLOSADOR. Cuando trillan.

HEREU. ¿Cuándo trillan? ¿Cómo es eso?

GLOSADOR. Cuando trillan, digo, Hereu. Mi tierra es muy dura, y como es muy dura al trabajo, enau-

do siegan, siegan hasta los terrones, y batida así su rudeza, no le dejan ni una sola espiga á los pajarillos, que comen, como yo, de lo que sobra. Atan el trigo en haces muy estrechos y apretaos pa que no se escape y lo llevan á la era, como una patena de limpia, y cuando en ella están extendias las mieses, venga la alegría á carretadas. ¡A las yuntas, y allí comienza el gran cantar del año. El cantar de la trilla.

HEREU. ¿Por qué cantan?

GLOSADOR. Pa cosechar, recontra. Porque allí los animales no son como vosotros... Quiero decir, que si no oyen cantar, se entristecen, y no trabajan.

HEREU. Simple.

GLOSADOR. ¡Já, já, já! Os digo que no trabajan. El trigo no sale de la espiga en silencio. Pero si el hombre arrea, rompe á cantar, y con el sol dentro de la frente, abre la boca y suelta canciones al aire, así: ¡ay, ay! como un grito de traginero que traginase en el purgatorio, allí verías saltar el trigo como una lluvia. Un reguero por aquí, otro reguero por allá, como oro, como arroyuelos de oro por toas partes, y venga sol, y venga grano á entro é los sacos, y canta que cantarás, que el que no canta no come.

HEREU. Pues yo no cantaría.

GLOSADOR. ¡Vaya! Tendrías que cantar, recontra. Allí las hormigas, si quieren hacer su agosto, tienen que hacer de cigarras. Cantar, quieras que no quieras.

HEREU. Por eso te has hecho tú tan rico cantando.

GLOSADOR. Porque era cigarra de alquiler, recontra; los que cantan pa otros, como he cantao yo, salen con la cabeza seca y dura como los terrones, y sin cosechar una espiga.

HUBIU. ¡Ja, ja, ja! Pues no puedes quejarte, si no has sacado más que eso.

GLOSADOR. He sacao lo que muchos no tendrán nunca. Amor en el corazón, tranquilidad en la conciencia y alegría en el alma. La alegría que di en mis canciones y que no cabé en tus graneros.

ABUELO. Este no entiende de esas cosas. Yo sí.

GLOSADOR. Como que viviendo se aprende.

CORIST. 1o. ¿Y ya no te quedan más canciones?

GLOSADOR. De día no, recontrá; de día no me quddan, pero anochece, y... ¡Ah! Con la luna, acuden á mi, y saldrán por mi boca mientras tenga garganta.

CORIST. 1o. Pues mirala qué redonda. Ya puedes lucirte.

ABUELO. Y aprisa, aprisa, porque se va pronto.

TODOS. Vamos, vamos.

PRIMA. Una glosa alegre.

CORIST. 1o. Dínos aquella del trabajo, que parece un sermón.

GLOSADOR. Pues salió de este cura.

ABUELO. Dila, dila.

GLOSADOR. Allá va. Esta del trabajo siempre cae bien: está hecha en fino, y puede que no le disguste al Hereu. *(Declamando con sencillez)*

«Allá por mi tierra... y acá... y en Castilla,
allí donde hay hombres y el sol quema y brilla,
el mundo es lo mismo y todo es igual.

Dios, seres y cosas ajusta y baraja,
en lindes de arena los mares encaja,
el grano de trigo esconde en la paja,
y el bien en la misma semilla del mal.

El dió á las estrellas la luz y la altura,
del cuervo en las alas dejó la negrura,
su pecho de cisne le puso al azor...

Mandó que la araña hilase y tejiera,
que el águila fuese, volando, altanera
y humilde la alondra, y quiso que hubiera
cien mil gorriiones para un ruiseñor.

La fuerza que manda somete á las greyes,
y todos á una cumpliendo sus leyes
defienden sus vidas, ¡que ya es pelear!
Pero hay animales taimados é indinos,
así como el hombre, que son muy ladinos,
y huyendo al trabajo se pasan de finos
y escurren el hombre por no trabajar.

¡El hambre y el palo para esa caterva!
También por dañina se arranca la verba
que quiere del jugo del trigo vivir...
Aquí todo tiene su forma y su modo
y todo aprovecha... que todo está en todo...
Pero hay que ir de frente y no por recodo!
Quien no ca lo suyo no sabe cumplir!

Darriendo acapulla la seda el gusano.
Cantando, en las mieses que tuesta el verano,
nos da la cigarra su franca labor...
Y en tanto, recontrá por más que se diga,
se afana en silencio con sorda fatiga
y celo de avaro, la hipócrita hormiga
que asalta las trojes como un malhechor.

Amor, de los seres, las almas atrajo

Las cuarta y quinta esrofas pueden suprimirse, para no hacer
tan larga la relación, si el actor lo juzga conveniente.

y fue a toda vida común el trabajo,
que ignata distancias entre éste y aquél...
llevando su fuerza también a las cosas,
las mueve y las hace que den generosas
su espejo las aguas, su esencia las rosas,
la estrella su lumbré, la caña su miel,

El gran beneficio del bien, en la vida
está en la prudencia, está en la medida...
¡No pidas al árbol lo que él no ha de dar!
Dejad a la hambrienta codicia que ruja,
que no llega antes el que a otros empuja,
y aquel que el racimo con ansia restruja
al fin agria el mosto y pierde el lagar.

Si el orden es linde que ataja y enfrena,
también el desorden a veces ordena
lo mal ordenado cuando es menester...
La ley que en lo justo su fin no aquilata
enciende rencores que el odio desata...
Templad esa cuerda que a todos nos ata
mirad que a tirón se puede romper."

VARIOS. Muy bien, muy bien.

ABUELO. Buena ha estao. De rechupete. Pero ya ve-
reis cómo los animales siguen dando lo su-
yo, y nosotros, tirones a la cuerda hasta
que se rompa.

MOZA 1a. Que cante. Que cante.

COFIST. 1o. La canción de la trilla.

GLOSADOR. Hoy no tenemos qué trillar. Esta es noche
de sementera.

ABUELO. Bien dicho. Y que digan luego que eres sim-
ple. Con simples como tú, no se acabaría en
el mndo la alegría de vivir.

PRIMA. ¿Y la buena ventura ahora?

MOZAS. Vamos, si, venga.

GLOSADOR. Dejadme mirar la luna.

PRIMA. ¿Y por qué hay que mirar a la luna?

GLOSADOR. Ella me dicta. Yo la miro, me guía el ojo,
así nos entendemos. La luna sabe más que
los hombres.

MOZA 1a. Pues mirala y venga ya. Pero ten cuidao,
sobre too, de que me salga un mozo moreno,
bien plantao y buen bailaor.

GLOSADOR. *(Le coge la mano y después de observarla y
mirar alternativamente a la luna, contesta con
tono sibilitico.)*

Pues tal como le sueñas le tendrás
y con él muy dichosa vivirás.

MOZAS. ¡Já, já! Muy bien, muy bien.

MOZA 2a. A mí, a mí ahora. Yo quisiera un mozo muy
joven, que viniese en un caballo muy blan-
co y que me llevase a la grupa con él.

OTRA. Yo a uno que haya salido de quintas, para
no tener que llorar si se lo llevan de aquí.

PRIMA. Y yo a uno que me quiera mucho, sea como
sea.

GLOSADOR. Pero es pedir. Eso no es la buenaventura.
Reconta, parece que la luna también os ha-
ce guiños.

MOZA 3a. Tiene razón. Dejemos que nos la diga él,
salga lo que salga.

PRIMA. *(Presentándole la mano.)* Pues a mí.

GLOSADOR. *(Cogiéndola como la anterior.)*

Tú hallarás marido hermoso,
valiente, bueno y buen mozo.

PRIMA. ¡Ay! ¿Pero será verdad?

GLOSADOR. Que el sol me acabe de entontecer si te en-
gaño. Te aseguro que el ojito de la luna así
me lo ha dicho.

CORIST. 1o. Bueno. A ver qué te dice de mí. *(Le tiende
la mano.)*

GLOSADOR. *(Tomándosela.)* Vamos a ver.

Tú, por calavera y pillo,
tendrás hijos á porrillo.

CORIST. 2o. ¿Y de mí?

GLOSADOR. Tú envidiarás pronto, pero
serás casado primero.

MOZA 1a. Naturalmente.

TERESA. ¿Y yo? *(Tendiendo su mano. El Hereu mues-
tra disgusto por la ocasión en que Teresa ha
preguntado y mira recelosamente al Glosador,
quien con mayor apar to y gran misterio dice
á Teresa intimamente.)*

GLOSADOR. Tú verás esta noche al que ya has visto otra
noche de San Juan.

TERESA. *(Con inquietud y asombro.)* ¡Dios mío! ¿Cómo
sabes eso?

GLOSADOR. Yo lo sé todo. Lo he visto por el bosque. El
vela siempre, pero hoy más que nunca.

TERESA. ¿Y vendrá?

GLOSADOR. ¿Que si vendrá? Pregúntale á tu corazón si
vendrá. A mí la luna me hace guiños con
los dos ojos.

MOZA 1a. No valen los secretos.

MOZA 2a. No valen, no valen. Que se diga alto.

GLOSADOR. Pues le decía:
Que aun cuando está ya casado
puede sentirse enamorado.

HEREU. Majadero.

MOZA 1a. Claro. ¡Vaya una cosa!

HEREU. Dejadle ya y que Dios le ilumine. No sé có-
mo os divierten ni creéis estas simplezas.

GLOSADOR. Pues á ti también te la voy á decir, Hereu.
(Yendo hacia él para cogerle la mano.)

HEREU. *(Rechazándole.)* Déjame de majaderías.

GLOSADOR. Te diré, Hereu, que tendrás
dinero, dinero y nada más.

VARIOS. Muy bien dicho, muy bien.

GLOSADOR. Y ahora, vámonos. A llevar á otra parte la

alegría, que la noche se va y la luna no tar-
dará en ocultarse. Aprovechemos las horas
buenas, que ya volverá aquel sol que me
quema los sesos. Otro traguito de luna, y á
cantar, muchachos.

Los cantares alegran las penas
y las noches, cantando, son más serenas.
*(Todos ríen, y el Glosador y el Coro desfilan
con gran algazara cantando. Las mozas vanse
del brazo de los coristas. El canto se va ale-
jando y las últimas notas se oyen vagamente
en la escena, donde solo quedan, Teresa como
entusiasmada, escuchando alegremente la can-
ción y mirando como envidiosa á las parejas,
que se pierden en los pinos. El Abuelo que me-
dita y el Hereu que, malhumorado y huraño,
quedará recostado en el quicio de la puerta.)*

(Aquí canta el número tercero.)

*(Recitado á la orquesta, mientras desaparece
el coro.)*

ABUELO. El ángel cumple bien el encargo de Dios es-
ta noche... Todos van amándose... Todavía
hay calor en el fuego para los jóvenes; para
el abuelo la ceniza de un rescoldo que se
enfria y llama al sueño lentamente... ¡dor-
mir!... Acostumbrarse á dormir, para cuan-
do venga el sueño de que no se despierta...
*(Se levanta con trabajo de su asiento y d spe-
rezándose pásase la mano por los ojos.)* A dor-
mir! *(Alto, como despidiéndose de Teresa y de
la Prima.)* Buenas noches.

TERESA. Buenas noches.

PRIMA. Dios se las dé á usted muy buenas, abuelo.
*(El Abuelo entra en la casa pausadamente, y
al pasar por delante del Hereu lo mira con e-
proche. Cuidese este mutis.)*

ESCENA IV

TERESA, la PRIMA y el HEREU.

HABLADO

HEREU. ¿Y vosotras no venís?
 TERESA. Yo todavía no. Esta noche estoy desvelada.
 PRIMA. Yo la acompañaré.
 HEREU. Mira, Teresa, que está amaneciendo.
 TERESA. No tengo ganas de dormir.
 HEREU. Pero mañana las tendrás.
 TERESA. Mañana será como todos los días. Esta noche siento deseos de estar despierta. Quiero que entre en mi la noche. Empaparme en la luz de la luna.
 HEREU. Dios te dé juicio. ¿Qué más tiene esta noche que otra cualquiera?
 TERESA. No lo sé. Las otras no las veo... y si te dijese por qué me agrada esta, no me entenderías... Tiene como una oscuridad luminosa.
 HEREU. No vengas con rarezas de las tuyas. La luz es del día, no de la noche.
 TERESA. Eso es según y como... Ya te dije que no me entenderías.
 HEREU. Pues oye, por mí puedes hacer tu gusto... Pensé que estabas ya curada de tus extravagancias, y veo que no. ¿Es que te ha dicho la buena-entura que no duermas?
 TERESA. Puede que me lo haya dicho.
 HEREU. ¿Todavía crees esas necedades?
 TERESA. Me agrada creerlas. ¿Qué quieres que te diga! Estoy tan cansada de que no me dejes creer más que en la realidad, en lo que se

ve y se toca, que tengo hambre de creer en lo que no se ve y se adivina.
 HEREU. Vaya, vaya. Estás loca de remate. Vives delirando.
 TERESA. No creo que me dejes tiempo para delirar. Todo el año hablamos de cosechas... de fincas... de dinero... de cosas que tú llamas positivas... Me parece que puedo tomarme una noche, aunque sea para delirar.
 HEREU. Tómatala, tuya es.
 TERESA. ¿Sabes bien lo que dices?
 HEREU. Que no duermas, si no quieres. Después de todo, una noche perdida, ¿qué más da?
 TERESA. Puede perderse tanto en una noche sin dormir... ¿Puede pasar tanto!
 HEREU. Todo lo que puede pasar es que mañana veas turbio.
 TERESA. Y que tú no veas, ó veas demasiado claro.
 HEREU. Bah, no te entiendo, y creo que acabarás por no entenderte tú misma. En estas horas se te adormece el entendimiento.
 TERESA. Pero se me despierta el corazón.
 HEREU. No te comprendo. Te digo que Dios me dé las cosas claras.
 TERESA. Yo creo que te hace un bien con obscure-cértelas.
 HEREU. Pero ¿qué demonio te pasa? Si no te viera con los ojos abiertos, me parecería que estabas soñando.
 TERESA. Ya hace tiempo que sueño.
 HEREU. Pues entra, entra y á dormir.
 TERESA. Dejaría de soñar y quiero soñar.
 HEREU. ¡Bah... bah! Siempre la misma. *(Entrase á la casa airadamente y refunfunando.*

ESCENA V

TERESA y la PRIMA.

TER. ¡Ay, prima mía!... ¿No sabes?...

PRIMA. ¿Qué? ¿Qué te pasa?

TER. Vendrá. Sí, vendrá.

PRIMA. Pero ¿quién?

TER. Él... Para mí no hay más que él... Me lo ha dicho el Glosador... y vendrá... estoy segura que vendrá.

PRIMA. ¡Dios mío!... Piensa...

TER. No se puede pensar nada. Vendrá el que espero. ¡El! El que no sé si es bueno ó malo... si me engaña ó no... sólo sé que es él; el que apenas si he visto y que no dejo de verle nunca.

PRIMA. ¿Y quién es ese?

TER. Tú eres la única que sabes mi secreto y no sabes nada porque nada sé yo tampoco. Sé que es él... el que quisiera abrazar cuando mis brazos se sienten deseosos de estrechar á alguien contra mi pecho; el que teniendo en los ojos luz para iluminar toda la tierra, se envuelve en la más densa obscuridad... Huye á la luz del sol.

PRIMA. ¿Y le has visto siempre de noche?

TER. Siempre. ¡Quien sabe si por eso me ilusiona. Yo me casé con el Hereu, porque me dijeron que me convenia... que yo no tenia nada y él poseía grandes riquezas... que la vida era sólo pasar años y años y verlos pasar sin pena ni contento... y me casé, como tantas otras se casan... porque nos llevan á casarnos.

PRIMA. ¡Pobre Teresa! Pero ¿no quieres á tu marido?

TER.

No lo sé... Creo que sí, pero no te lo aseguro... Vivo con mi marido para las cosas que él llama serias... para las faenas de la casa... para llevar cuentas y guardar dinero; para estar junto de él en mesa más grande y en lecho más ancho... y vivo así mientras vivo con los ojos abiertos; pero si los entornó siquiera... entonces voy con el pensamiento hacia él, hacia el que es casi una sombra...

PRIMA. Pero tú desvarías, Teresa.

TERES. No lo quiero saber.

PRIMA. ¿Cuántas veces le has hablado?

TERES. Una sola. Le había visto cuando soltera; pero siempre de pasada... le vi después, ya mujer del Hereu, y solo le he hablado una noche de San Juan, clara, serena y estrellada como la de ahora. Aquí fué... junto á la hoguera... solo estuvimos un momento juntos y sentí aquí (*Por la boca*) una quemadura que me escuece todavía... no sé si de la noche, de la hoguera ó de los labios encendidos.PRIMA. ¿Qué dices? ¿Le besaste? (*Se oye á lo lejos el canto del cazador.*)TERES. (*Con gran ansiedad.*) Calla. ¿No oyes? Es él. Es el que viene, estoy segura. Es su voz. Es él, que se acerca. Vete y déjame con él... vete...

PRIMA. ¿Vas á quedarte sola? Mira, Teresa, lo que haces...

TERES. (*Fuera de sí, con expresión casi fantástica, que ya no dejará de ir creciendo hasta la salida del Hereu.*) ¿Qué he de mirar, cuando lo que parecia un imposible se acerca!

PRIMA. Teresa, por Dios. ¿Qué tienes, qué te pasa?

TERES. No lo sé. Debe ser la noche. Esta noche se me ha entrado hasta lo más hondo del cora-

ción, y el corazón se me desborda. Arden dentro de mí las hogueras que se apagan en la montaña y en la llanura. *(Se oye más cerca la canción del cazador.)*

CAZADOR. *(Aquí canta el número cuarto.)*

TERESA. Ya está aquí. Vete.

PRIMA. Pero....

TERESA. Déjame sola con él... y con la noche....

(Vase la Prima, y Teresa se queda como traspuesta, ensimismada, atenta á las últimas notas del canto y como queriendo penetrar con la mirada en las lejanías que envuelven las sombras. Todo calla. Sólo á lo lejos se siente el rumor apagado de la noche. El rumor misterioso de los estremecimientos del paisaje, de la tierra que vela, de la vida que sueña. Teresa acaba por mirar como una loca, sin saber ni á donde mira. Se recomienda á la actriz, este momento entre real y fantástico. El Cazador aparecerá súbitamente entre los pinos como una sombra evocada y también entre real y fantásticamente, llevará la palabra y la acción. Dejará su escopeta contra un árbol é irá aproximándose lentamente á Teresa, llamándola en voz baja hasta llegar á su lado.)

ESCENA VI

TERESA y el CAZADOR

HYBLADO

CAZADOR. Teresa, Teresa!... ¿No me oyes? Teresa, soy

yo... ¿No me escuchas? Despiértate.

TERESA. *(Transportada.)* No sé si oigo ó si sueño.

CAZADOR. No sueñas, no; que me esperabas.

TERESA. ¿Cómo sabes qué te esperaba?

CAZADOR. Lo sé porque mientras he visto la hoguera encendida, aunque no me he acercado, te veía pasar entre las sombras, y sólo por las sombras te he conocido.

TERESA. ¿A mí?

CAZADOR. Te he conocido, sí, porque la sombra temblaba, y yo conozco el secreto de las sombras. Figúrate si conoceré á la que amo.

TERESA. ¡Dios mío! ¿Por qué has venido? ¿Por qué estás aquí? Me das miedo.

CAZADOR. ¿Por qué te doy miedo?

TERESA. Porque te espero y casi no sé quién eres.

CAZADOR. Ni quieras saberlo nunca. Piensa sólo que soy el deseo que llega... lo desconocido, que se ama y se aproxima... lo que no parece real y lo es... Piensa, si quieres, que sueñas... que el sueño es dulce... ¡y no quieras despertar!...

TERESA. Pero cuando despierte...

CAZADOR. Tarda en despertar, que cuanto más dure la ilusión, más dura la vida.

TERESA. Nada sé de la vida... Debo ser muy culpable cuando te espero sin saber por qué te espero.

CAZADOR. Qué has de serlo, Teresa, qué has de ser culpable. Me esperas, porque no eres tú quien me espera. Es este no sé qué, que no acaba nunca... el amor, que quiere volar y sale del nido del corazón... el afán de huir de eso que se llama verdad y no lo es, y que si llegara á serlo, valdría cien veces más la mentira.

TERESA. No sé si tienes razón; pero me parece que sí, porque lo dices tú.

CAZADOR. Claro es que la tengo. Y porque la tengo, vivo embriagado en tu amor, por lo que eres y por lo que pienso que eres.

TERESA. Pero, Dios mío! ¿Qué es esto, dónde estoy?

CAZADOR. No quieras saberlo: ¿para qué? Cierra los ojos a la verdad y mírame. Estás conmigo.

TERESA. ¿Pero de dónde vienes y por qué vienes?

CAZADOR. Porque soy el que ha gustado la hiel de la amargura de la vida y busca la miel de lo imposible. Yo he visto el mundo tal como es: hermoso por fuera y lleno de miserias y crueldades por dentro. También he saboreado toda la maldad de los hombres; también las uñas de la infamia se me han clavado en la carne. Yo he puesto mi corazón a la luz diciendo a todos: ¡Miradlo... aquí lo teneis... es vuestro! El que no le arrojó una piedra, le lanzó un desengaño; el que no le hirió con un puñal, le desgarró con el ultraje... hasta que al fin lo encerré dentro de mí, muy dentro, y sólo sale a mis ojos para verte a ti, que no eres una verdad de la tierra.

TERESA. Y de día también?

CAZADOR. De día espero la obscuridad que no engaña como la luz.

TERESA. De qué vives para vivir?

CAZADOR. De que vivo? Vivo de velar a los que duermen... Vivo sólo en mí, teniéndote por compañía en lo más hondo de mi alma.

TERESA. Es cierto, Dios mío?

CAZADOR. Sí; allí te amo, como todo lo que se ama entreviéndose, como si fuese un ciego y tú lo desconocido... como a una fosforescencia de la obscuridad.

TERESA. Pues yo no sabré decírtelo; pero te quiero de la misma manera. O porque jamás he podido ver en ti la frialdad de los demás hombres, o porque eres superior a todos ellos, o porque lo deseo; así lo imagino. No me falta nada en el mundo, ni la envidia de muchas mujeres; pues cuanto más dichosa parece

que vivo, más se me va el corazón hacia ti, buscando la felicidad hacia ti, de quien sólo he sentido los labios.

CAZADOR. Vienes siempre a mí?

TERESA. Siempre. Pero mucho más cuando estoy sola... y no llamo estar sola a cuando lo estoy, no; sino cuando me siento estarlo. A veces, cuando estoy rodeada de más gente, me hallo más sola, sobre todo, hacia la tarde... cuando las campanas tocan la oración... y al sentir pesar o alegría... y hoy, sobre todo, hoy más que nunca. La noche de San Juan me levanta en alto. Hoy sin ti, o sin tu recuerdo, créeme, la tristeza me mataría.

CAZADOR. ¿No adivinas por qué?

TERESA. ¿Cómo quieres que lo adivine?

CAZADOR. Porque casaste tu cuerpo, pero tu espíritu no; y el espíritu no se somete cuando siente deseos de amar, y cuando está solo se rebela. Hoy es la noche de los desamparados del amor... de los que no podemos tener casa... de los que no podemos tener seriedad... de los que no llevamos cuentas... de los que vivimos del aire, del cielo, del amor del cielo que lo nivela todo. Hay hombres que poseen todo lo del mundo; riquezas, felicidad, poder. Otras, en cambio, no tenemos nada. Pues Dios ha puesto un momento en la vida en que, haciendo temblar las almas, las une, acercándolas, y sólo en este momento les da toda la felicidad que tienen los otros, y aun más todavía.

TERESA. *(Como suspendiendo con delicia.)* ¡Es verdad. Es verdad!

CAZADOR. ¿No vivimos nosotros ahora estando juntos un instante, más que en un año de monótona existencia?

TERESA. Es cierto. Esto es la plena vida.

CAZADOR. ¿No mitiga un sólo beso en los labios, la sed del amor de diez años de sequía?

TERESA. ¡Ay, sí; es verdad!

CAZADOR. Pues escucha bien, Teresa de mi alma: ya que la duración de la vida debe contarse por momentos de felicidad, y el cielo y la tierra, todo, se junta para servirnos el tálamo amoroso... Amémonos sin temor, sin miedo, que todo, todo nos convida y nos ampara. Ven, ven conmigo. *(Recogiéndola con cariño.)*

TERESA. *(Rechazándole d. leemente, aterrada.)* No; seguirte, no... no puedo moverme. Me sujetan aquí garfios invisibles.

CAZADOR. ¿No ves que aquí nos sorprenderá la felicidad, que el sol se acerca y con él se aleja la ilusión?... Ven conmigo, amor mío, conmigo. Te llevaré á lugares solitarios, hechos para amarse á solas... A lugares esco didos donde no penetra ni la mirada de la luna.

TERESA. No; seguirte, no.

CAZADOR. Ya conozco todos las escondrijos de la quietud, de una quietud que no escucha, y que abriga y que guarda los secretos de los que se aman.

TERESA. No puedo... no puedo.

CAZADOR. Sé dónde anidan los pajarillos, y ellos nos harán sitio para anidar. Conozco frondas de flores, que al vernos nos regalarán con nuevas aromas... Sé todo lo de la noche... No la dejemos pasar, vida mía, que es la noche de San Juan, la noche del amor, la noche de la juventud, y las noches de la juventud sólo pasan una vez.

TERESA. Calla, por Dios.

CAZADOR. Pero ¿no me quieres?

TERESA. Quererte más, sería imposible.

CAZADOR. Pues anda... ven... mira que ya alborea... y

que si el sol abre sus ojos, el amor se esconderá...

TERESA. No veo nada. Todo lo llenas tú.

CAZADOR. Ven; si no tienes fuerza para andar, yo te llevaré con mis brazos en alto, como si llevase la custodia de la noche.

TERESA. ¡No, no!

CAZADOR. Si no quieres mover los labios para besarme, yo te los abriré con los míos, dejándote en ellos encendido mi amor... Si quieres mi vida, no me abandones esta noche... ven, ven conmigo...

TERESA. ¡Dios mío! No puedo más! Tómame! Soy tuya! *(Cae desfallecida de amor en sus brazos.)*

CAZADOR. *(Recogiéndola como un tesoro.)* Así te quiero. No verte y sentirte mía. *(Quedan unidos en un beso largo y silencioso. A lo lejos, un coro de segadores pasará cantando, sin salir á la escena, naturalmente, el número 50. del apéndice. El horizonte irá iluminándose poco á poco.)*

HABLADO

TERESA. ¿Has oído á los segadores? Es el día que llega... Vete.

CAZADOR. Mientras dure la obscuridad no me pidas que me vaya. No podría dejarte.

TERESA. Déjame, por Dios.

CAZADOR. No temas, porque hasta el sol retardará su salida viéndonos juntos. El sol espera por los que se aman.

TERESA. Si me quieres, vete. Vete antes de que despierte á la realidad; vete, porque me siento culpable y el alba asoma.

CAZADOR. Todavía eres mía, y

TERESA. Ya no, ya no. ¡Ira en el cielo la aurora riéndose de nosotros.

HEREU. (Dentro.) Teresa.

TERESA. (Sobresaltada.) Vete.

CAZADOR. Un último beso.

TERESA. Por mi salvación. Vete.

CAZADOR. El último. El más hondo, el que guardo á la claridad del pensamiento. (La besa con pasión.) Y ahora, adiós... y mirame dentro de tus ojos cuando yo no esté aquí... á la hermosa luz de tus sueños. (Coge su escopeta y vase. Antes de desaparecer, y ya entre los pinos, vuelve los ojos hacia Teresa, exclamando:) Teresa, hasta otra noche. (Teresa, como arrobada, lo mira perderse entre los árboles del bosque.)

ESCENA ULTIMA

TERESA, el HEREU; después el ABUELO.

HEREU. (Saliendo.) ¿Qué haces aquí? Responde. Dí, ¿por qué no has entrado?

TERESA. (Como si dormitase.) No lo sé.

HEREU. ¿Por qué has pasado aquí la noche? . . . Contesta . . .

TERESA. (Como volviendo de un sueño.) Nada puedo decirte. La noche me ha robado. Hasta ahora, con la claridad, no comienzo á despertarme.

HEREU. Pues despierta. Vamos, que ya es hora de que despiertes.

TERESA. ¿Dónde estoy?

HEREU. ¡Ira de Dios! ¿Dónde has de estar? ¿No lo ves? Estás conmigo, con tu marido, con tu dueño . . .

TERESA. (Como abstraída.) Todavía veo una estrella allá, á lo lejos.

HEREU. Sí, la estrella de la mañana. Conque... á la faena, á trabajar.

TERESA. Espera . . . todavía . . .

HEREU. El trigo no tiene espera. ¡Al terruño! (Se va el Abuelo, como quien acaba de levantarse y se dispone á trabajar.)

TERESA. (Va al encuentro del Abuelo, abrazándole, como si se refugia á en sus brazos.) ¡Abuelo!

ABUELO. Sí, hija mía, sí. Hay que volver á amarrarse á la realidad. Mira el sol. Ya es de día.

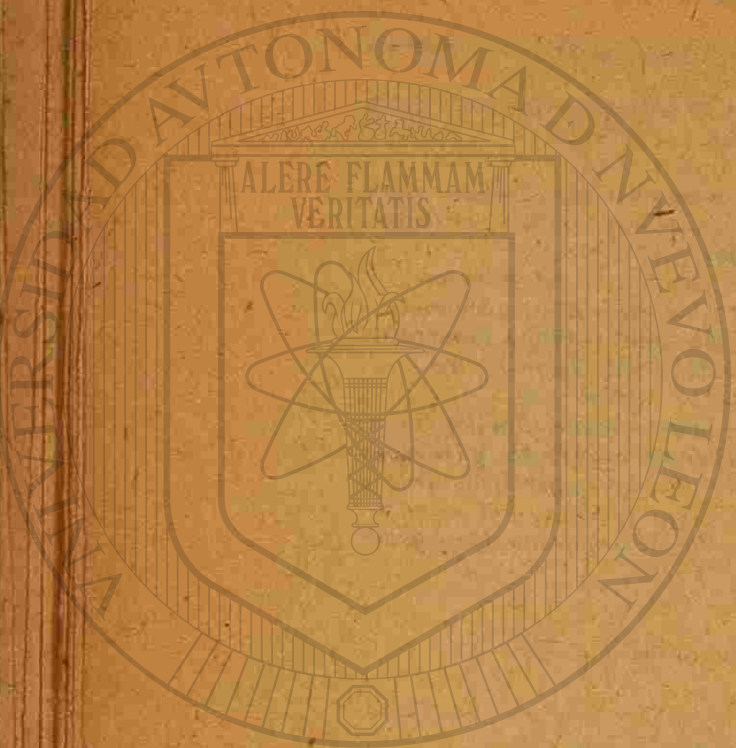
HEREU. ¿Dónde miras?

TERESA. Al cielo. (Los segadores atraviesan por el fondo cantando. El abuelo coge la hoz y les sigue. El Hereu, con un ademán imperativo, ordena á Teresa que les siga también, y él se va detrás de ella por donde se han ido los segadores.)

HEREU. ¡A la tierra!

CORO: (Aquí canta el número cinco).

TELON LENTO



A P E N D I C E

NÚMERO PRIMERO

MOZAS.

La noche es de amor,
de amor y alegría:
gocémosla bien
que acérrese el día.
Abramos el alma
á la noche hermosa,
que á besos de luz
se enciende amorosa.

CHICOS.

Saltad más y más:
llegó ya el amor,
llegó con San Juan.

MOZAS.

Que la luna dé
su dulce consuelo,
que beba en su luz
el llanto del cielo;
que mire en redor
millones de estrellas,
y aprenda á querer
lo que dicen ellas.
Que aprenda á querer
en la larga vía,
y sepa guardar
la esencia de día.
Sepamos gozar
la noche amorosa,

que es la de San Juan
y es la más hermosa.

CHICOS.

¡Saltad más y más!
¡Elegó ya el amor,
llegó con San Juan!

NUMERO SEGUNDO

(De hombros, dentro.)

Al dulce amor todos cantar:
la noche es corta y pronto pasa.
Cantemos todos sin parar,
que el canto es fuego y nos abrasa.
Cantemos todos nuestro amor:
vuele á posarse en la ventana:
bese su boca fresca flor,
hasta que llegue la mañana.
Cantar, no dormir,
que ya dormiremos al morir.
(Llegan y cantan al pie de los pinos.)
Que sea un beso cada voz
y cada grito un fuerte abrazo:
que vuele el canto muy veloz
á dormir en su regazo.

Al son del canto amor dirá
que somos fieles, de tal suerte,
que ella adorada se verá
hasta en el trance de la muerte.
¡Cantar, no dormir,
que ya dormiremos al morir.

NUMERO TERCERO

TODOS.

Noche de amor, no corras, no.
dura tú más de lo que duras.
Hermosa luz de alba serán
para el que ama, tus negruras.
(Vanse seguidos de los muchachos.)

Alba de amor siempre serás,
tu luz de amor á amar convida:
rayos de cantos que hay en ti
llevan la luz de nueva vida.
Cantar, no dormir,
que ya dormiremos al morir.

NUMERO CUARTO

CAZADOR.

(Dentro.)
Estrellas, venid á mí,
no me seáis celosas;
que una estrella os mostraré
de las más hermosas.
Es una estrella de amor,
purísima y bella;
triste cual vosotras es
mi límpida estrella.
Mas tiene lo que jamás
tuvisteis, hermosas:
tus labios de fuego son
y frescos cual rosas.

NUMERO QUINTO

SEGADORES.

(Dentro.)
El sol doró las espigas ya rubias
en el trigal,
que es mar que vive, y al vivir ondea
sin descansar.
Seguemos bien las espigas maduras;
seguemos bien,
blandiendo la hoz, que la paja está cara
y el pan también.

Eusebio Sanchez, Editor

Dramas y Comedias de venta en esta casa.

A la orilla del mar.....	4	actos por J. Echegaray..	\$ 0,75
Casa paterna.....	4	por Sudermann.....	1,00
Como las hojas.....	4	por Giacosa.....	1,00
Conciencia La.....	4	Trad. de M. Arísti.....	1,00
Careta verde La.....	2	por Ramos Carrión.....	0,50
Comida de las fieras La.....	3	por Benavente.....	0,75
Condenados Los.....	3	por B. P. Galdós.....	1,00
Conjuración de México La.....	3	por A. Rodríguez.....	0,75
Conde de Monte-cristo El.....	7	por A. Dumas.....	1,00
Cruz del matrimonio La.....	3	por Eguilar.....	0,75
Después de la muerte.....	3	por M. J. Otón.....	0,75
Despertar en la sombra.....	3	por Cavestani.....	0,75
Don Juan Tenorio.....	7	por José Zorrilla.....	0,75
Doña Perfecta.....	3	por B. P. Galdós.....	0,75
Dolores La.....	3	por Feliú y Codina.....	0,75
Dos Pilletes Los.....	8	por Deconzelle.....	1,00
Flor de un día y Espigas de una flor.....	3	por F. Camprodón.....	0,75
Gran Galeoto El.....	3	por J. Echegaray.....	0,75
Hombre de mundo El.....	4	por V. de la Vega.....	0,75
Huelga de hijos.....	3	por Enriq. Gaspar.....	0,75
Honor El.....	4	por Sudermann.....	1,00
Hugonotes Los.....	2	por M. Echegaray.....	0,50
Inocencia.....	3	por Idem.....	0,75
Juan José.....	4	por Joaq. Dicenta.....	1,00
La de San Quintín.....	3	por B. P. Galdós.....	0,75
Libro viejo Un.....	3	por Feliú y Codina.....	1,00
Loco Dios El.....	4	por J. Echegaray.....	\$ 1,00
La loca de la casa.....	4	por B. P. Galdós.....	1,00
Mancha que limpia.....	4	por J. Echegaray.....	1,70
Mariana.....	4	por Idem.....	0,00
Mar y cielo.....	3	por Angel Guimerá.....	1,05
María Rosa.....	4	por Idem.....	1,00
Militares y paisanos.....	5	por Emilio Mario.....	1,00
Miel de la Alcarria.....	3	por Feliú y Codina.....	1,70
Nuevo Tenorio.....	8	por Bartrina.....	0,00
Pan del pobre El.....	4	por G. Llana.....	1,75
Pasionaria La.....	4	por Cano y Masas.....	0,50
Perecito.....	2	por Vital Aza.....	0,05



ESTRELLA

MA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SANTIAGO RUSIÑOL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

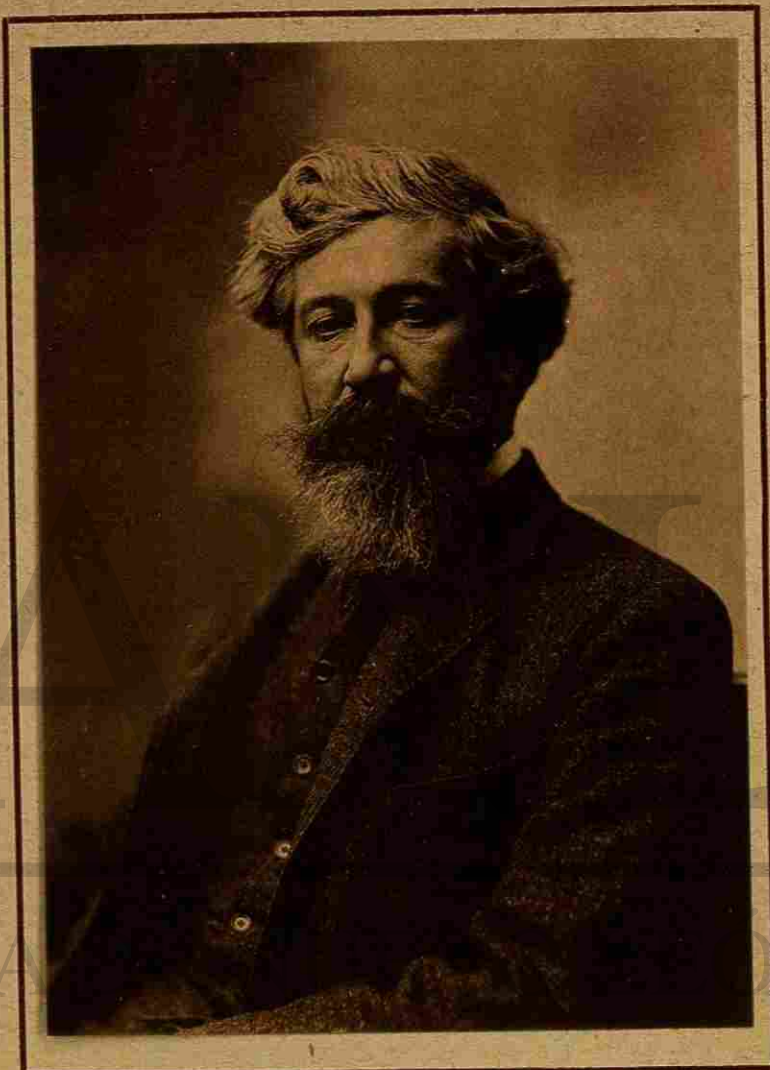




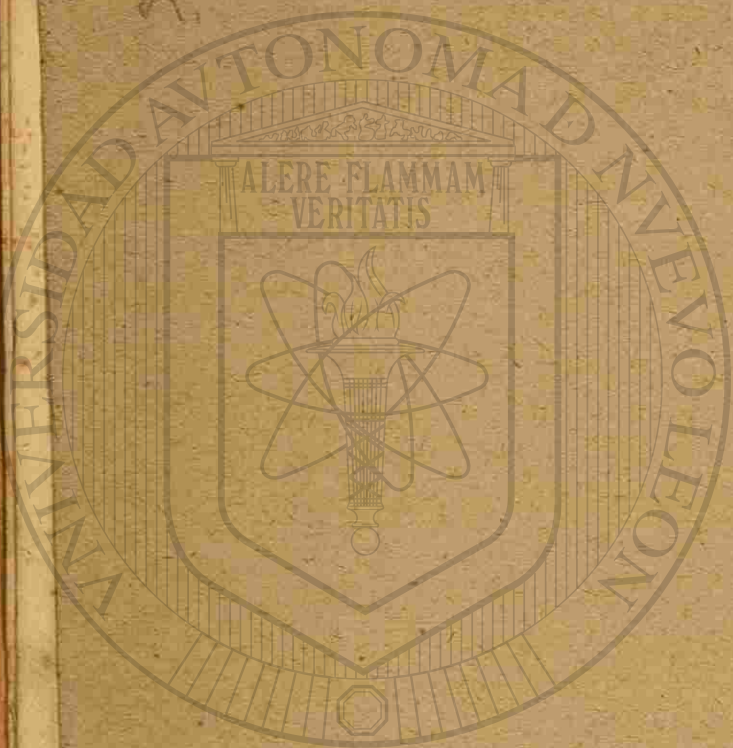
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28-MADRID



SANTIAGO RUSIÑOL



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO DE INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS

SANTIAGO RUSIÑOL Y EL ENCANTO ENTRAÑABLE DE SUS JARDINES

EL jardinero nómada, y los jardines quietos. El alma, viajera; el cuerpo, infatigable; el espíritu, en constante movilidad; el ingenio, eminentemente ciudadano y noctámbulo; la sal de la vida en el corazón mismo de París... y con todo eso, el fruto supremo de la vida — es decir, la obra de arte —, en los más callados, vetustos, serenos, casi moribundos rincones de España.

Rusiñol es el hombre de las grandes ciudades, de las luces eléctricas, de los cafés hormigueantes, ruidosos y ahumados; el hombre del tabaco, del ajeno, de la conversación y de la media noche... que casi siempre llega hasta la madrugada; y el encanto de su obra pictórica está hecho, precisamente, de paz y de aire puro, de serenidad entre calladas frondas.

Este poeta, enamorado impenitente del nocturno París de Montmartre, es el pintor maestro de esos laberintos de

mirto y arrayán que aún guardan en España el secreto de la pereza mora, de esos contempladores cipreses mediterráneos, de esas aguas dormidas en los estanques de los jardines viejos. Esto, dicho sencillamente y sin comentario, parece indicar una contradicción y sugerir la idea de que hay en Rusiñol dos almas y dos vidas: una, la ruidosa, bohemia y noctámbula, acaso artificial y desequilibrada; otra, la silenciosa y productora, la que responde al llamamiento íntimo, serena como una oración, un poco expiatoria del frívolo pecado de amor a la artificialidad ciudadana. Con este elemento de «la contradicción» por base, bien pudiera hacerse un estudio de tremendo interés psicológico, con su granito de «tragedia íntima» y su quintaesenciado «conflicto espiritual»; y, trasladando el sutil tormento del alma del pintor «partida en dos», a su obra, bien pudiera explicarse el por qué estos jardines quietos, que tan maravillosamente pinta, llevan en su misma serenidad un tormento escondido, esa ansiedad que se comunica inevitablemente al alma del contemplador, ese algo como ensueño de un sueño que no llegó a cuajarse, como emoción deshecha en el instante mismo de pasar desde la sensación a la conciencia. Si; de este modo se explicaría, acaso luminosamente, el encanto extraño, mágico, aluci-

nante, de esta pintura que logra producir emoción sobrehumana, prescindiendo deliberadamente de todo elemento de humanidad.

Pero, ¡ay de nosotros! Esta explicación curiosa, luminosa, sutil y verosímil, tendría el ligero inconveniente de ser absolutamente embustera; dejémosla, por consiguiente, para los críticos de dentro de tres siglos, que no estarán obligados a saber la verdad, y mucho menos a ajustarse a ella con honradez contemporánea, y digamos con toda sencillez: No hay hombre más equilibradamente humano que este desconcertante e inquietante artista. No hay espíritu más sereno y libre de la tortura del conflicto, más absolutamente «uno consigo mismo». Pocas veces se habrá encontrado alma mejor avenida con la carne que le cupo en suerte, y pocas también un alma y una carne unidas en la maravillosa combinación que hace de ellas un ser humano, se habrán sentido instaladas tan a su placer en la tierra que el orden del Universo les asignó por morada. Santiago Rusiñol lleva más de medio siglo viviendo en plena y gloriosa conformidad con su destino, y éste, acaso, es el secreto de su arte. Es él un ejemplar modelo de la especie humana, y todas sus «manifestaciones» son igualmente naturales y libres de tortura. De cuanto la vida le

ofrece, goza con la misma espontaneidad, porque — estoy seguro — tan plenamente normal le parece el colorete en las mejillas de una deliciosa chiquilla parisién, como el carmín de un pétalo de rosa. No le estorban barreras ni clasificaciones para el goce de la belleza, de la exquisitez, de la perfección triunfante o de la graciosa imperfección, dondequiera que las encuentre. No tiene prejuicios ni cree en escuelas; no hay convencionalismo al que conceda la beligerancia de limitar el horizonte libre de su admiración o de su fantasía. Lo único que aborrece cordialmente — puesto que es cordial hasta en la abominación — es la «pose», la mentira, la afectación en cualquiera de sus manifestaciones. Cree en sí mismo y en cuanto le rodea; goza del presente en la contemplación; del pasado, en el recuerdo; de lo que está por venir, en la imaginación. Va siempre con los ojos abiertos, dispuesto a ver, sin pararse a mirar deliberadamente desde ningún «punto de vista» preconcebido. Y como mira con buena fe absoluta, encuentra natural, sencilla, inevitablemente, el secreto detrás de la apariencia, el misterio de la esencia escondido en la forma.

He pasado con él muchas horas, entre mucha gente: su regocijado y comprensivo mirar dejaba traslucir el goce intelectual de una expectación siempre alerta, siempre com-

placida, siempre piadosa y generosamente irónica: no hay bondad que le sorprenda por inesperada, ni maldad que por inesperada le indigne. Parece siempre estar en el secreto... Y no con superioridad de dómine o maestro, sino con una especie de compañerismo imparcial, como si su entendimiento fuese un eco inteligente.

He pasado también muchas horas viéndole pintar: la misma sonrisa de atención iluminada, frente a los árboles, que frente a los hombres: aquí sus ojos, como allí sus oídos, espejos conscientes y escrutadores; la misma curiosidad insaciable, mas una luz en la frente de inenarrable felicidad. Este tormento de la creación en él parece únicamente gloria, florecimiento, función normal. Diríase que la mano que sostiene el pincel está en comunicación, que casi es arraigo, con las fuerzas ocultas de la naturaleza; es verdaderamente hermoso de mirar, como árbol fuerte; como bien asentada colina, como mar sereno. De plata el cabello, de plata la barba fuerte, rodeado de frondas, envuelto en ellas... la hoja que cae de aquel laurel o de aquel mirto se enreda en sus cabellos y le corona paganamente, como a un inmortal; todo el jardín, todo el paisaje, le cuenta sus secretos. No he visto, no he podido jamás imaginar penetración más absoluta y eficaz. La tierra reclama por

suyo y envuelve como suyo, anulándole a un tiempo y exaltándole, a aquel hombre que la está «retratando». Y el ciprés le dice el misterio de su alma absorta y contemplativa, y el sauce le explica entrañablemente por qué se estremece el agua del estanque al contacto incorpóreo de su sombra.

Y no necesita por esto, el pintor brujo, hacer intervenir en su arte elementos personales para emocionar entrañablemente: su emoción es la emoción misma de la tierra..., y todos estamos hechos de barro. Su poder de sugestión tiene razones cósmicas más hondas que la misma raíz pasional, porque son anteriores a ella. No hay que olvidar que el primer hombre, según teologías y mitologías, al salir de las manos del Creador, ya formado y perfecto, fué tierra un instante, únicamente tierra, antes de recibir el soplo animador del espíritu... y estuvo yacente en la tierra, formado de ella, sacado de ella, esperando a su alma... Por eso, cuando suena la voz de la tierra, la oye con una entraña aún más entraña; es decir, más íntima e interior que cuando suena la voz misma de la carne hermana y semejante. Por eso, al sentir la punzada del dolor, o en el cuerpo o en el alma, el hombre inevitablemente se acoge a la tierra, en ella se tiende, en ella reposa... En la extrema miseria, en la agonía insoportable, a la tierra va el

cuerpo, desplomándose con atracción incoercible: allí está su descanso, porque allí está su origen.

Estos jardines vetustos que Rusiñol elige como tema preferente para su inspiración, están precisamente despojándose, a fuerza de vejez y de abandono, de su elemento humano, la premeditación del hombre que los trazó, para volver a unirse con la tierra madre. Las arquitecturas se derrumban, las esculturas se desmoronan, el ciprés se carcome en las glorietas, el agua se evapora en los estanques o se filtra a través de las grietas de las tazas. Silenciosamente, la naturaleza vuelve a apoderarse de lo que es suyo... Hay un tenaz proceso dramático, que parece muerte, y en realidad es triunfo; los jardines se extinguen ahogados por la vida que no muere, o, mejor dicho, se tienden al morir, acogiéndose al regazo de la madre tierra y envolviéndose en su manto piadoso...

Ved ahora con qué gozosa humildad ha trasladado al lienzo este contemplador la tragedia consoladora. (Todas las tragedias verdaderamente dignas de este nombre tienen — bien lo sabéis — por efecto y virtud aquietar el alma de quien las contempla.) Ésta, prodigiosamente eternizada en el lienzo, serena y encalma al que humildemente la mira, en fuerza de piadosa emoción.

Mirad los cuadros del pintor-poeta. No veis en ellos, seguramente, «intención», «afectación», «lección», ni «pretensión». Veis sinceridad. Mucho se ha dicho literaria y hasta literatescamente de su crepúsculo, de su aire violeta, de su melancolía. Se ha hecho, de este modo, a la pintura de Santiago Rusiñol una reputación un poco decadente. Yo no lo creo así. Fuera de toda técnica, que no puedo ni quiero juzgar, porque no es el pintar mi oficio, y estoy convencido de que el único crítico aceptable para un arte es el maestro y dominador absoluto de ese mismo arte, fuera de toda técnica, no me avengo a encontrar en ellos decadentismo de ninguna clase. Sutileza, sí, pero penetrante y leal, aguda como acero y flexible a fuerza de buen temple. Se nos entra en el alma, cierto es, sin sacudidas ni violencias, sin duda como entró el alma en la carne para hacernos hombres, como amanece sobre la sierra o se hunde el sol, en el mar, al ponerse... pero, ¿por ventura es la violencia la mejor señal de la vida fuerte? No: la convulsión casi siempre es indicio de disolución próxima. La vida plena es serenidad.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

LOS JARDINES DE ESPAÑA

A SANTIAGO RUSIÑOL

I
Lo hiciste bien, buen hijo: lánguidamente triste
junto a la madre muerta tu ofrenda depusiste,
besaste con tu espíritu su sepulcro de piedra
y le hiciste ornamento de cipreses y yedra.

Lo hiciste bien: tú, ansioso de una patria grandiosa,
buscador de una tierra soñadora y gloriosa,
lo hiciste bien: debajo de la luz que los baña,
tus «Jardines de España» son la vejez de España...

Mirad los cuadros del pintor-poeta. No veis en ellos, seguramente, «intención», «afectación», «lección», ni «pretensión». Veis sinceridad. Mucho se ha dicho literaria y hasta literatescamente de su crepúsculo, de su aire violeta, de su melancolía. Se ha hecho, de este modo, a la pintura de Santiago Rusiñol una reputación un poco decadente. Yo no lo creo así. Fuera de toda técnica, que no puedo ni quiero juzgar, porque no es el pintar mi oficio, y estoy convencido de que el único crítico aceptable para un arte es el maestro y dominador absoluto de ese mismo arte, fuera de toda técnica, no me avengo a encontrar en ellos decadentismo de ninguna clase. Sutileza, si, pero penetrante y leal, aguda como acero y flexible a fuerza de buen temple. Se nos entra en el alma, cierto es, sin sacudidas ni violencias, sin duda como entró el alma en la carne para hacernos hombres, como amanece sobre la sierra o se hunde el sol, en el mar, al ponerse... pero, ¿por ventura es la violencia la mejor señal de la vida fuerte? No: la convulsión casi siempre es indicio de disolución próxima. La vida plena es serenidad.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

LOS JARDINES DE ESPAÑA

A SANTIAGO RUSIÑOL

I
Lo hiciste bien, buen hijo: lánguidamente triste
junto a la madre muerta tu ofrenda depusiste,
besaste con tu espíritu su sepulcro de piedra
y le hiciste ornamento de cipreses y yedra.

Lo hiciste bien: tú, ansioso de una patria grandiosa,
buscador de una tierra soñadora y gloriosa,
lo hiciste bien: debajo de la luz que los baña,
tus «Jardines de España» son la vejez de España...

II

Silenciosos caminos, soñolientas arcadas,
inmóviles estanques y ventanas cerradas:
nada vive entre medio de la intensa verdura —
para tus cuadros tristes no queda una figura.

No queda una figura de las muchas que un día
prendieron como flores sus risas de alegría
en los ufanos árboles, buscando las arcadas
y huyendo en los kioscos de importunas miradas. . .

Damiselas prendidas de vaporosos trajes
y lechuguinos dándose aire de personajes;
condesas de una rancia vejez; grandes de España
encorvados al peso de una estupenda hazaña. . .

Todo aquel mundo viejo, solitarios jardines,
que, bulliciosamente, llenó vuestros confines,
ha desaparecido sin darnos descendencia.
— ¡Oh, abominados padres que no dejáis herencia! . . .

Con lágrimas discretas, sin ira, humildemente,
sobre vuestros sepulcros inclinamos la frente:
perdonadnos, empero, si a pesar nuestro, un día
turbamos, con reproches, vuestra quietud sombría.

¿Por qué dilapidasteis neciamente el tesoro
que llegó a vuestras manos? Nietos de un siglo de oro:
¿por qué heredar hogueras y dejarnos ceniza?
— Hoy vuestra vida estéril la nuestra esteriliza.

Dormid, dormid en paz en vuestros mausoleos,
estirpe de gigantes y padres de pigmeos.
Dormid, dormid en paz sin despertar de nuevo.
Fervorosa os lo pide mi lengua de mancebo — .

Yo arrojara coronas de perfumadas flores
sobre vuestros sepulcros, mis odiados mayores;
gozo cuidando bien vuestra tumba dormida
¡oh padres! cuya muerte garantiza mi vida. . .

III

Lo hiciste bien, poeta de humanidades nuevas
que el fuego de los dioses sobre los hombros llevas;
ofreciste a los ojos de todos tus hermanos
el cementerio verde de sus padres ancianos.

Esto es algo que ha muerto y que está ya enterrado:
decidle una oración si pasáis por su lado;
pero llenos de amor a la vida, mancebos,
¡sobre una nueva España sembrad jardines nuevos!

EDUARDO MARQUINA.

Barcelona - 1900.

EN *l'Art Nouveau*, treinta y dos estudios que resumen la monotonía grandiosa y la quietud cuajada de los jardines regios de España; y está pintado con una claridad que da a las siluetas sorprendidas precisión de recortes. Rincones, soledades soleadas y verdes, senderos y recodos bordeados de arrayán tallado en cubos y en conos, de una dureza de metal bajo los cielos crudos cuyo azul arde; con técnica brutal, Santiago Rusiñol nos muestra la *Glorieta* de Aranjuez o el *Jardín dorado* de Granada; es, en verdad, la atmósfera transparente y divinamente clara de España, la que subraya y recorta los contornos del verdor y la tierra de sus cuadros...

La «manera» de Rusiñol puede compararse con la de Montenard, pero su obra, inferior como técnica, es mucho

III

Lo hiciste bien, poeta de humanidades nuevas
que el fuego de los dioses sobre los hombros llevas;
ofreciste a los ojos de todos tus hermanos
el cementerio verde de sus padres ancianos.

Esto es algo que ha muerto y que está ya enterrado:
decidle una oración si pasáis por su lado;
pero llenos de amor a la vida, mancebos,
¡sobre una nueva España sembrad jardines nuevos!

EDUARDO MARQUINA.

Barcelona - 1900.

EN *l'Art Nouveau*, treinta y dos estudios que resumen la monotonía grandiosa y la quietud cuajada de los jardines regios de España; y está pintado con una claridad que da a las siluetas sorprendidas precisión de recortes. Rincones, soledades soleadas y verdes, senderos y recodos bordeados de arrayán tallado en cubos y en conos, de una dureza de metal bajo los cielos crudos cuyo azul arde; con técnica brutal, Santiago Rusiñol nos muestra la *Glorieta* de Aranjuez o el *Jardín dorado* de Granada; es, en verdad, la atmósfera transparente y divinamente clara de España, la que subraya y recorta los contornos del verdor y la tierra de sus cuadros...

La «manera» de Rusiñol puede compararse con la de Montenard, pero su obra, inferior como técnica, es mucho

más impresionante. Se desprende de ella otra melancolía, la melancolía de soledad y de tristeza opresora de las monarquías decrepitas, una tristeza adormilada de los parques reales, inmovilizados en el silencio, como embalsamados en calor y abandono. Versalles españoles, marcados por esta especie de muerte que parece haber caído, en los países de raza latina, sobre toda la obra de los Borbones: Borbones de Francia, Borbones de España, dinastías cuyo sudario se arrastra y pesa en las alamedas rectas de Aranjuez como en los boscajes de Trianon.

.....
JEAN LORRAIN.

EL *jardí abandonat* es la obra más bella que la tristeza de Santiago Rusiñol ha producido. La tristeza parece ser el resorte estético de nuestro poeta-pintor: el humorismo, la *blague*, tan característica de su personalidad en muchas de sus obras, se nos figura simple distensión de unos nervios que han vibrado demasiado en la belleza de las cosas tristes; y el sentimentalismo enfermizo de que tan-

tas veces, su pluma o su pincel, las ha revestido, nos aparece como algo incompleto, como una vacilación, como un andar a tientas del artista y de su asunto predestinado que se buscan en las misteriosas obscuridades de la creación artística. En esta busca acongojada caben las sensiblerías deprimentes y los profundos hastíos superficialmente burlescos; y tales burlas y congojas tienen para el público el atractivo de una patología artística.

Hay en el *Orfeo* una escena en la que el esposo, desolado por la muerte de la esposa, va a recobrarla por los maravillosos reinos de más allá de la tumba, y después de haber dominado las furias infernales con la fuerza musical de su lira, vaga encantado por los bosques del Eliseo en busca de la sombra beata que fué su consorte: muchas encuentra en su camino y va abrazando a cada una para reconocer a Eurídice en el usado abrazo. ¡Cuánta esperanza a cada encuentro! ¡Cuánto anhelo en cada abrazo! ¡Cuánto desencanto cada vez que los brazos no se reconocen al enlazarse! ¡Y al fin se encuentran y se estrechan y vuelven al mundo, mientras el Eliseo estalla en cantos!

Así el artista en busca de su realidad, que es como su mística esposa. ¡Cuántos anhelos y esperanzas y vanas efusiones y desencantos antes de encontrarla! Pero cuando al

fin en el abrazo supremo la reconoce y la vuelve al mundo, aparece la obra verdadera, la personal, firme, equilibrada, serena y alegre aunque sea triste, porque es bella.

Nosotros creemos que ahora Santiago Rusiñol y su realidad se han encontrado de lleno, y en la madurez de su fuerza se han abrazado y de este abrazo ha surgido la obra personal definitiva, la bella. El ciclo de cuadros *Jardines de España*, que su pincel ha iluminado, y el poema escénico *El jardí abandonat*, no son cosas distintas en el fondo: son la creación personal y una del pintor-poeta.

J. MARAGALL.

LOS libros de Rusiñol, como los cuadros, todos respiran tristeza. En ellos hay una sugestiva expresión, aunque distinta en ambos géneros; en sus *Oracions* la tristeza campea por completo, como en sus *Fulls de la vida*. La poesía en sus escritos es profunda y tierna, pero lánguida y triste; y en su pintura pasa bastante de lo mismo. No hay más que ver sus *Jardines de España*.

Aquellos jardines son todos artificiales, recortados, en que la naturaleza se halla cohibida, ya sean de la Granja, del Escorial o de Andalucía. Muchos son Jardines abandonados; parecen los vergeles muertos de la España negra; pertenecen a una nación que fué grande, pero que hoy está en la más profunda de las decadencias. Son jardines fin de raza; pero Rusiñol, con su temperamento, con su genio, evoca su poesía y nos los presenta palpitantes sobre sus telas. La melancolía que inspiran sabe hacérsela simpática y hasta compadecer dulcemente a los pueblos casi muertos que tales jardines tienen.

Es muy curioso el fenómeno que presenta la personalidad de Santiago. Tiene la melancolía, la tristeza de los pesimistas, y ésta tiñe todo lo que crea de un color sombrío. Su nota favorita diríase que es el violado, color que ya se sale de la luz. Sus tendencias son al reposo, a la tranquilidad vecina de la muerte, a la soledad, a la concentración; y, no obstante, trabaja y produce activamente, para expresar esas cualidades negativas que hay en su temperamento y que debieran conducirle lógicamente a la no producción. De Rusiñol, como de Maeterlinck y de otros escépticos de la vida, podría decirse que son duales, que en sí contienen dos individuos: el yo orgánico decadente, que

tiende a extinguirse y que no sólo no se opone a ello, sino que en ello halla placer; y el yo activo, fecundo, que tiende a producir, a desdoblarse, a embellecer y a propagar.

POMPEYO GENER.

DICE el sabio que hay hombres que contemplan la vida como una maravilla, otros que hablan de ella como de una maravilla o que oyen hablar de ella como de una maravilla, y que cuando todos han contemplado, hablado y escuchado, aun nadie la comprende.

— Es porque la vida es misterio, y el misterio puede ser pocas veces sentido, pero nunca explicado.

Hay algunos elegidos cuya vista pasa los límites de las cosas ordinarias, que ven el muy adentro de todo, que contemplan vivas las cosas inanimadas y que escuchan música allí donde los demás sólo encuentran ruido. — Para ellos dentro del Universo todo es orden y claridad, la muerte no existe más que como accidente de la Vida, y el dolor les deja gozosos. — Son éstos los que están dotados

del sentido de armonía, mas dentro de su número, hay algunos que no pueden exteriorizar lo que contemplan, y son como mudos llenos de secretos. Unos cuantos, animados de vida, llegan, por medios distintos, a la expresión de su gozo (a veces inconsciente) y a hacernos vibrar (como un reflejo) de emoción semejante a la que ellos sintieran. Los hay que llegan a este fin por medio de la música, otros por medio de las formas plásticas, y otros por las imágenes de su visión, que es nuestro sueño.

Rusiñol es de estos últimos. Tal vez sin enterarse, ha visto surgir la risa o las lágrimas de las cosas, y hondamente conmovido, con un lenguaje tierno y sencillo, como de muchachuelo, nos ha hecho vivir un instante dentro de lo que él siente. Lo que él siente, es el hablar de los lugares en que el hombre ha querido ordenar la naturaleza para hacer de ella una decoración que encuadre su vida, y la obra de Dios con la obra del hombre juntas en una y reproducidas y expresadas en otra por Rusiñol, nos da una impresión más intensa y humana que si fuesen humanos los seres representados en la serie de treinta y tantos lienzos que forman los *Jardines de España*.

El conjunto de esta obra nos hace sentir casi todo lo que el corazón humano puede vivir de belleza y de amor.

Delante de algunos rincones de Sitjes, se ama la vida humilde; en otras reproducciones (siempre a través de sus ojos) de viejos palacios de sueño encuadrados en flores, nos sentimos dentro de una página de leyenda apasionada; algunos son austeros, lugar adecuado para una vida honda; otros están hablando de ardor y ternura, haciendo comprender que el respirar su aire *animaría* como vino nuevo. Por sobre todos ellos, se siente que el tiempo ha pasado alejándonos de la vida que hacen desear; y por eso, tal vez, hasta el más soleado de todos, deja un sentimiento de serena tristeza.

J. M. SERT.

EL encanto de estos cuadros (con estar muchos de ellos dibujados soberbiamente y pintados con una espontaneidad elemental e insuperable) es ultra-pictórico. Se funda en el poder de evocación y de misterio que en ellos flota, difuso y tenue. Se funda en la emoción que provocan o comunican. Más que traslados fieles de la natura-

leza «inerte», son estados de espíritu descubiertos en la naturaleza por el espectador; algo así como reflejo de fronda en los lagos azules del ensueño.

Aunque con la mayor sobriedad, con una completa simplicidad de recursos y una ausencia más completa todavía de quimeras simbolistas, me producen estos cuadros de Rusiñol el efecto profundo de la poesía... Es un género de pintura que, sin dejar de ser pintura, se resuelve en literatura, en espiritualidad. Es un vago lirismo a lo Sully-Proudhomme, a lo Verlaine, expresado por medio de colores y líneas... , como una suerte de «vanas ternuras» y de «canciones sin palabras», que cantan en el silencio mismo y en la misma desolación de las telas, en los macizos de verduras poblados de ruiseñores, en el gotear de los surtidores esquilmados, en el mármol de las estatuas mutiladas.

De todo ello se desprende una resonancia, una vibración de elegía. Esto: Rusiñol es un pintor elegíaco. Es el cantor gráfico de las elegancias caídas, de las felicidades evaporadas y disueltas para siempre, que no dejan más que un vaho impalpable de recuerdos y nostalgias.

MIGUEL S. OLIVER.

SANTIAGO Rusiñol no es ni impresionista ni clásico: es «él», y no sé si es más digna de aprecio la justeza de su sentimiento o la flexibilidad de su modo de hacer, la delicadeza de sus coloraciones o la elección feliz de sus motivos en los *Jardines de España* que expone. Ya habíamos visto de él, en *Camp de Mars*, una serie de cuadros análogos, y habíamos gustado su frescura. Únicamente los escritores habían sabido penetrar hasta ahora toda la nobleza recóndita, toda la ingeniosidad refinada que hay en esas bóvedas de pámpanos y en esos muros de ciprés, en esos laberintos de arrayanes, en esas glorietas de verdor, instaladas antaño por los moros detrás de sus alhambras, y tan deliciosamente propicias al sueño. Rusiñol ha sido el primero a quien se le ha ocurrido traducir en pintura sus graves y melancólicas elegancias, sus armoniosas y sutiles blanduras, y lo ha hecho con una piedad emocionada que es verdaderamente exquisita.

THIÉBAULT-SISSON.

ÍNDICE DE LOS CUADROS

Santiago Rusiñol (Retrato) . . .	1	La Glorieta (Aranjuez)	16
Cipreses (Aranjuez)	2	Jardín de los Reyes Católicos (Aranjuez)	17
Plátanos (Aranjuez)	3	Jardín Señorial (Mallorca)	18
Patio de la Alberca (Generalife) .	4	El Laberinto (Barcelona)	19
La Acequia (Valencia)	5	Neo Clásico (Valencia)	20
Acequia de la Isla (Aranjuez) . .	6	«Noviembre» (Aranjuez)	21
El Tajo (Aranjuez)	7	«Jardín de Girona»	22
Jardín de Carabineros (Mallorca) .	8	Glorieta romántica (Aranjuez) . .	23
Claustro de George Sand (Vall-demosà)	9	El Chinesco (Aranjuez)	24
El Fauno Viejo (Aranjuez)	10	Jardín del Pirata (Mallorca) . . .	25
Arcos de Rosas (Aranjuez)	11	Paseo de pinos	26
Otoño (Aranjuez)	12	Generalife (Granada)	27
Jardín del Maestro de Capilla (Girona)	13	Cuenca	28
Almendros en flor (Mallorca) . .	14	«Calvario» (Valencia)	29
Jardín de Mallorca	15	Jardín del Fauno (Aranjuez) . . .	30
		«Calvario» (Valencia)	31
		El último jardín (Montserrat) . .	32

SANTIAGO Rusiñol no es ni impresionista ni clásico: es «él», y no sé si es más digna de aprecio la justeza de su sentimiento o la flexibilidad de su modo de hacer, la delicadeza de sus coloraciones o la elección feliz de sus motivos en los *Jardines de España* que expone. Ya habíamos visto de él, en *Camp de Mars*, una serie de cuadros análogos, y habíamos gustado su frescura. Únicamente los escritores habían sabido penetrar hasta ahora toda la nobleza recóndita, toda la ingeniosidad refinada que hay en esas bóvedas de pámpanos y en esos muros de ciprés, en esos laberintos de arrayanes, en esas glorietas de verdor, instaladas antaño por los moros detrás de sus alhambras, y tan deliciosamente propicias al sueño. Rusiñol ha sido el primero a quien se le ha ocurrido traducir en pintura sus graves y melancólicas elegancias, sus armoniosas y sutiles blanduras, y lo ha hecho con una piedad emocionada que es verdaderamente exquisita.

THIÉBAULT-SISSON.

ÍNDICE DE LOS CUADROS

Santiago Rusiñol (Retrato) . . .	1	La Glorieta (Aranjuez)	16
Cipreses (Aranjuez)	2	Jardín de los Reyes Católicos (Aranjuez)	17
Plátanos (Aranjuez)	3	Jardín Señorial (Mallorca)	18
Patio de la Alberca (Generalife) .	4	El Laberinto (Barcelona)	19
La Acequia (Valencia)	5	Neo Clásico (Valencia)	20
Acequia de la Isla (Aranjuez) . .	6	«Noviembre» (Aranjuez)	21
El Tajo (Aranjuez)	7	«Jardín de Gerona»	22
Jardín de Carabineros (Mallorca) .	8	Glorieta romántica (Aranjuez) . .	23
Claustro de George Sand (Vall-demosà)	9	El Chinesco (Aranjuez)	24
El Fauno Viejo (Aranjuez)	10	Jardín del Pirata (Mallorca) . . .	25
Arcos de Rosas (Aranjuez)	11	Paseo de pinos	26
Otoñal (Aranjuez)	12	Generalife (Granada)	27
Jardín del Maestro de Capilla (Gerona)	13	Cuenca	28
Almendros en flor (Mallorca) . .	14	«Calvario» (Valencia)	29
Jardín de Mallorca	15	Jardín del Fauno (Aranjuez) . . .	30
		«Calvario» (Valencia)	31
		El último jardín (Montserrat) . .	32

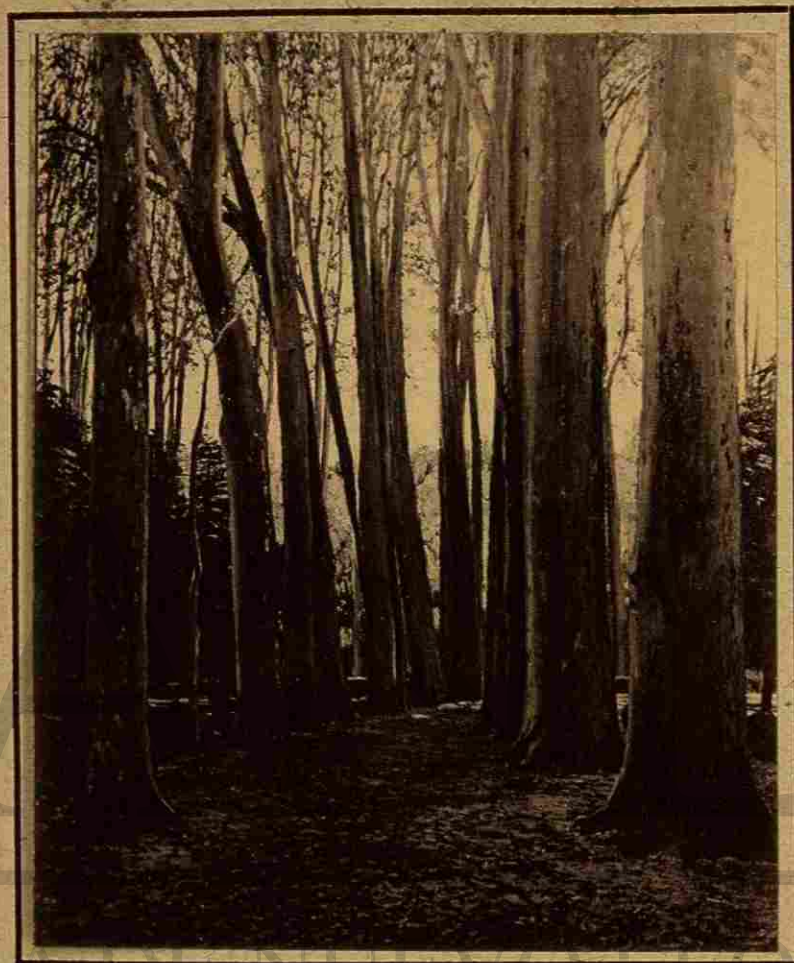
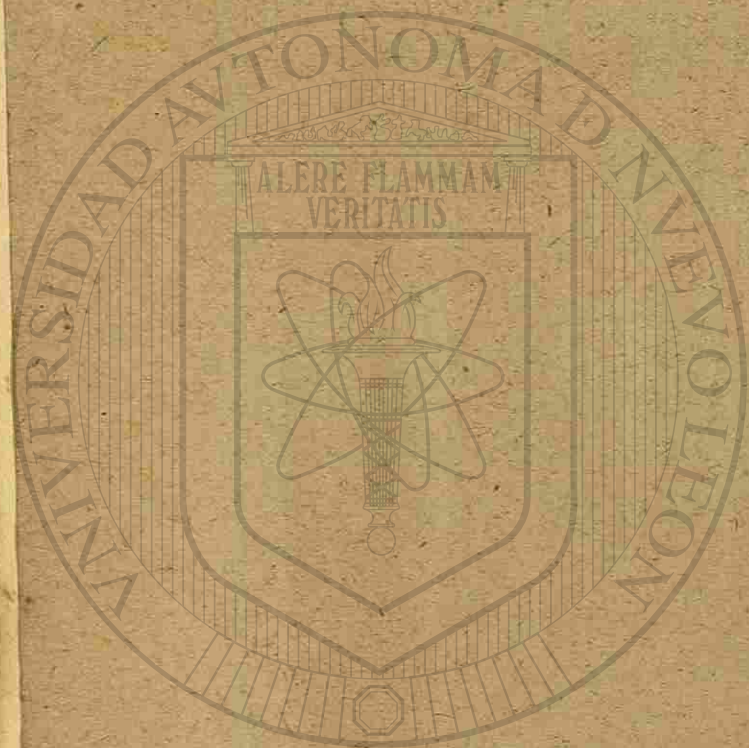


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

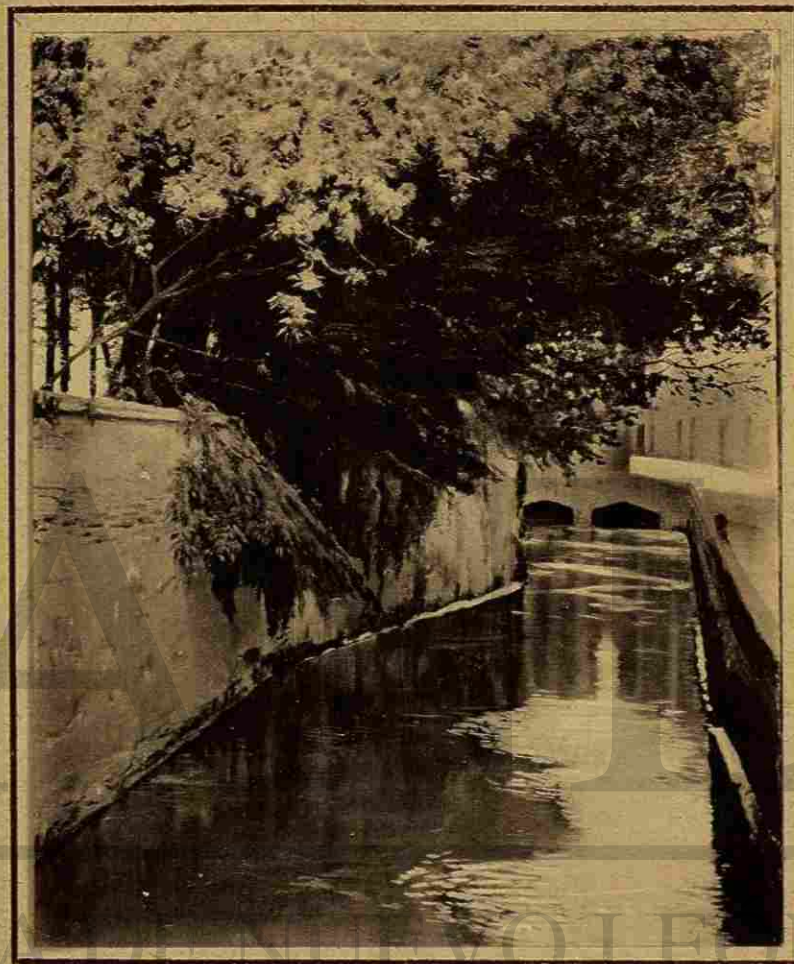
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CIPRESES
(ARANJUEZ)



PLATANOS
(ARANJUEZ)

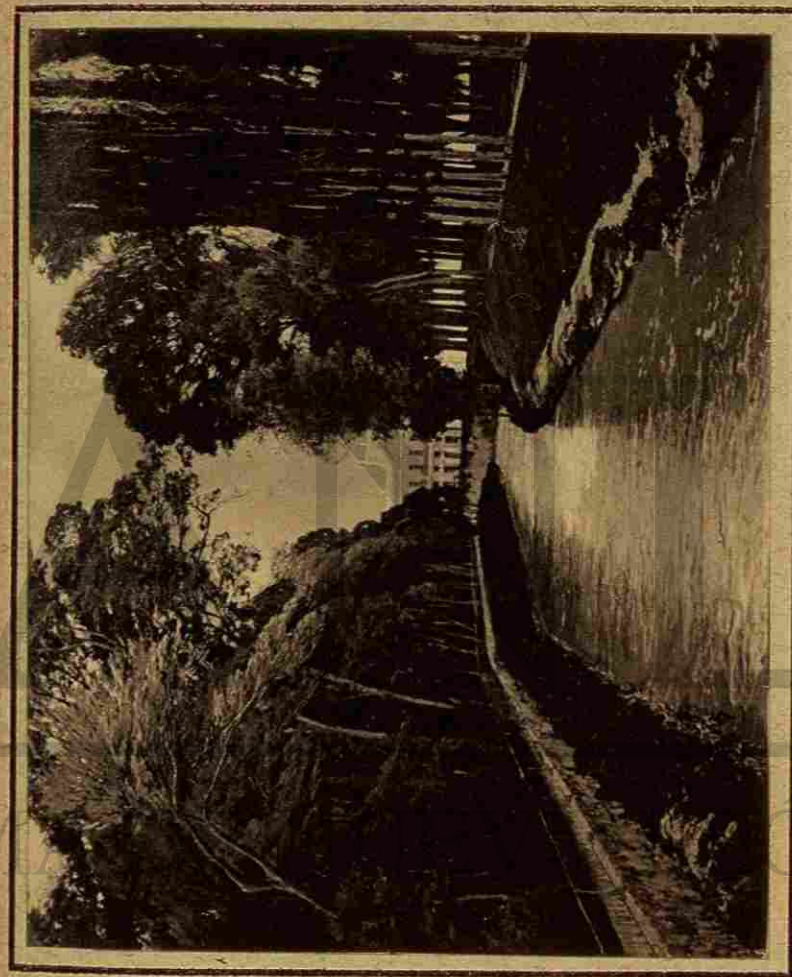


LA ACEQUIA
(VALENCIA)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

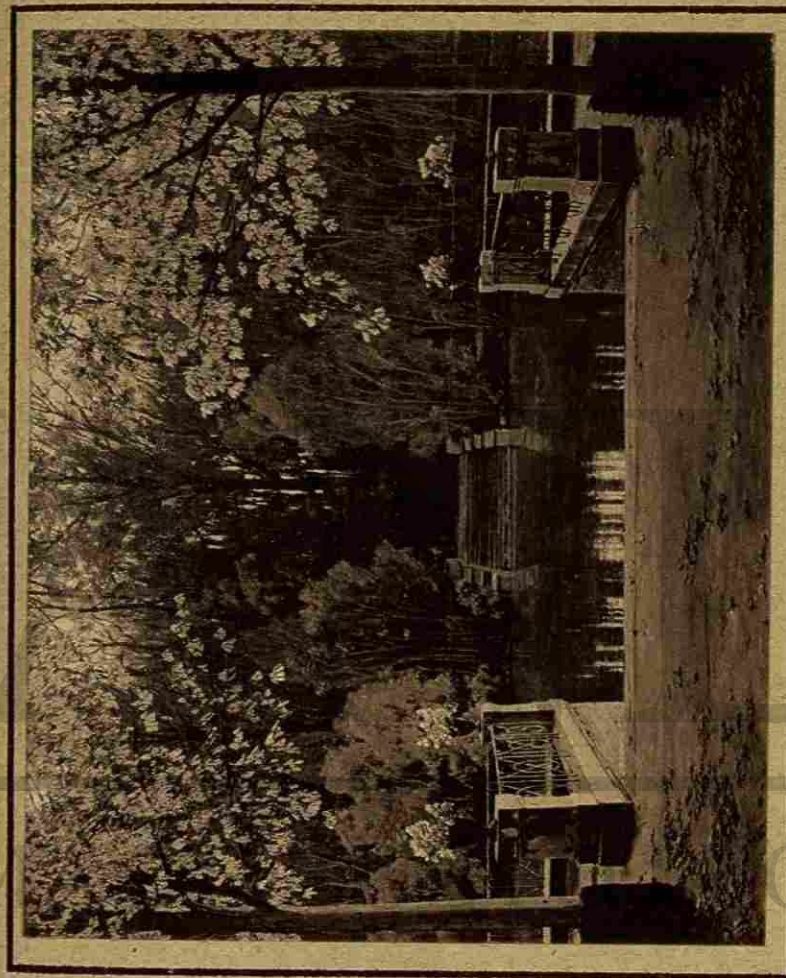


ACEQUIA DE LA ISLA
(ARANJUEZ)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

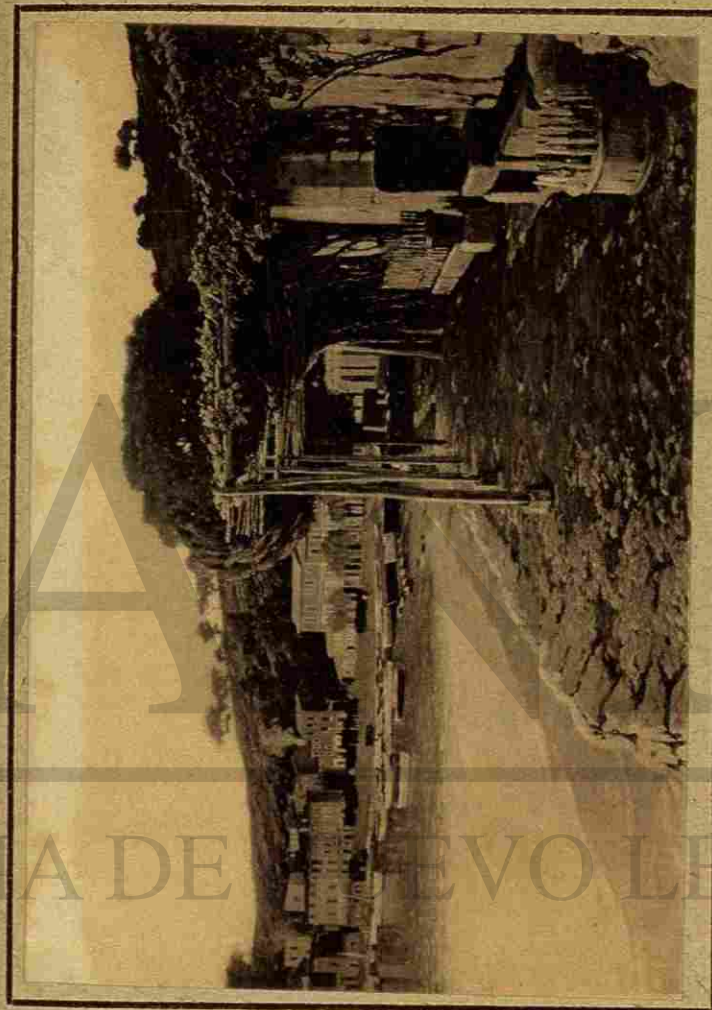


EL TAJO
(ARANJUEZ)

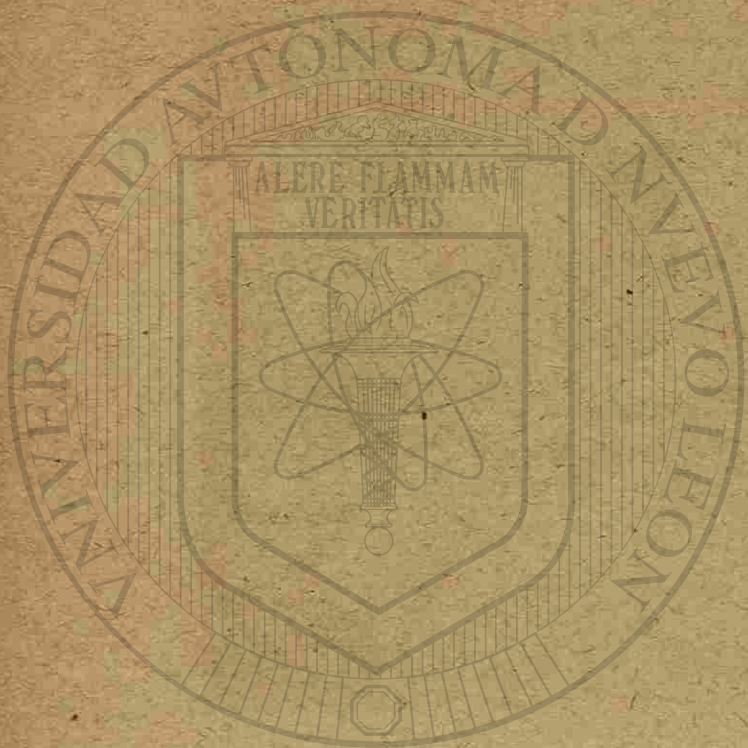


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JARDÍN DE CARABINEROS
(MALLORCA)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CLAUSTRO DE GEORGE SAND
(VALDEMOSA)

9





EL FAUNO VIEJO
(ARANJUEZ)

10

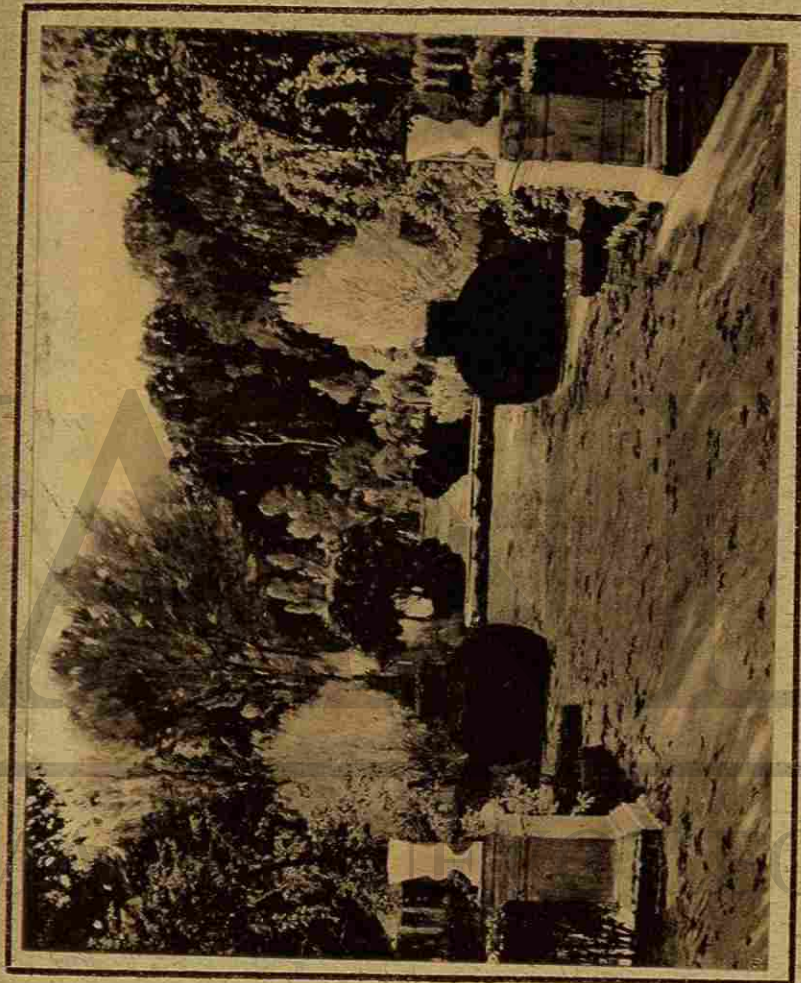
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

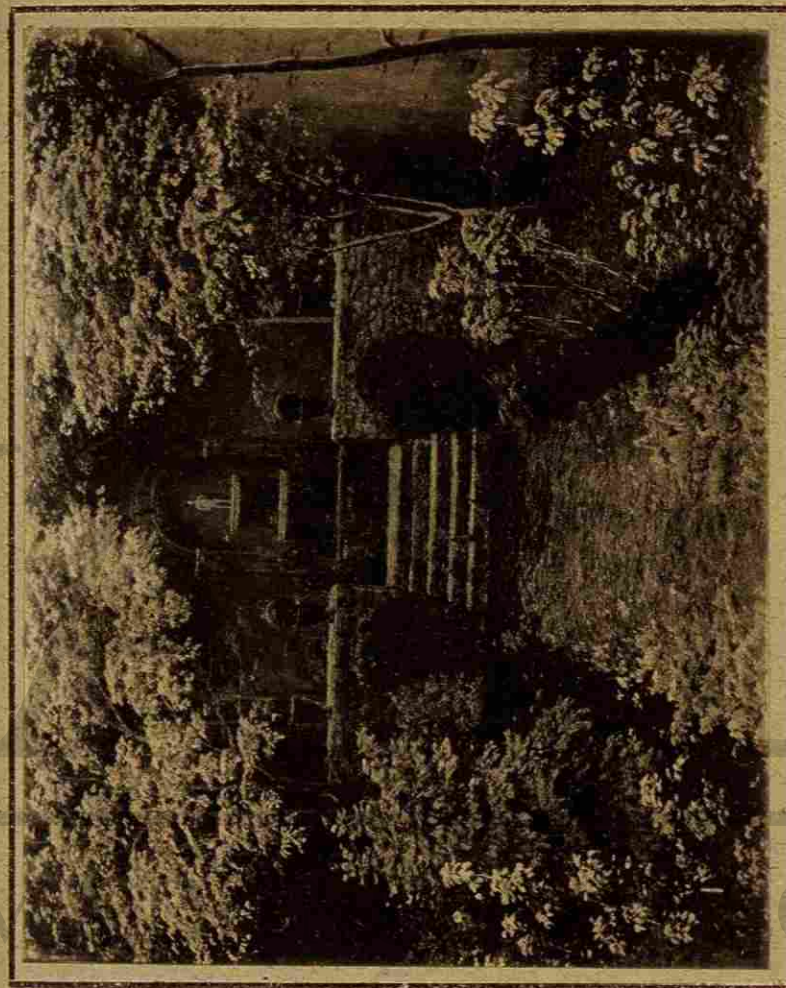


OTOÑAL
(ARANJUEZ)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JARDÍN DEL MAESTRO DE CAPILLA
(GERONA)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

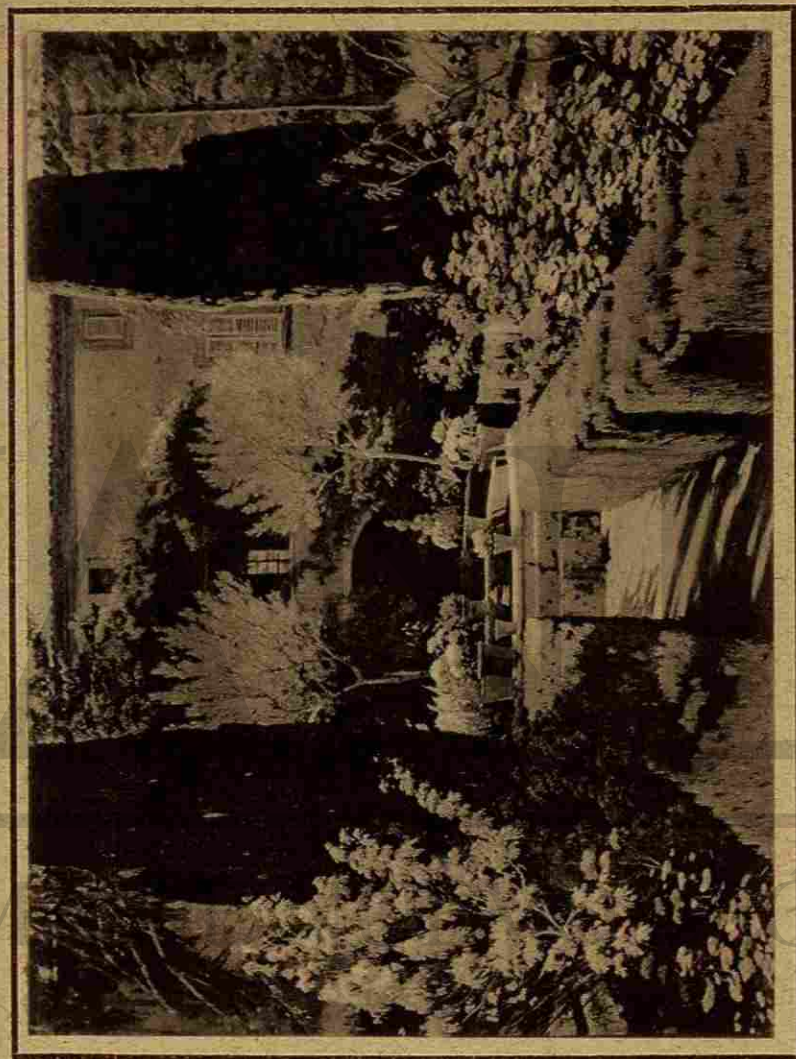


ALMENDROS EN FLOR
(MALLORCA)



UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

DIRECCIÓ GENERAL DE BIBLIOTECAS



JARDIN DE MALLORCA

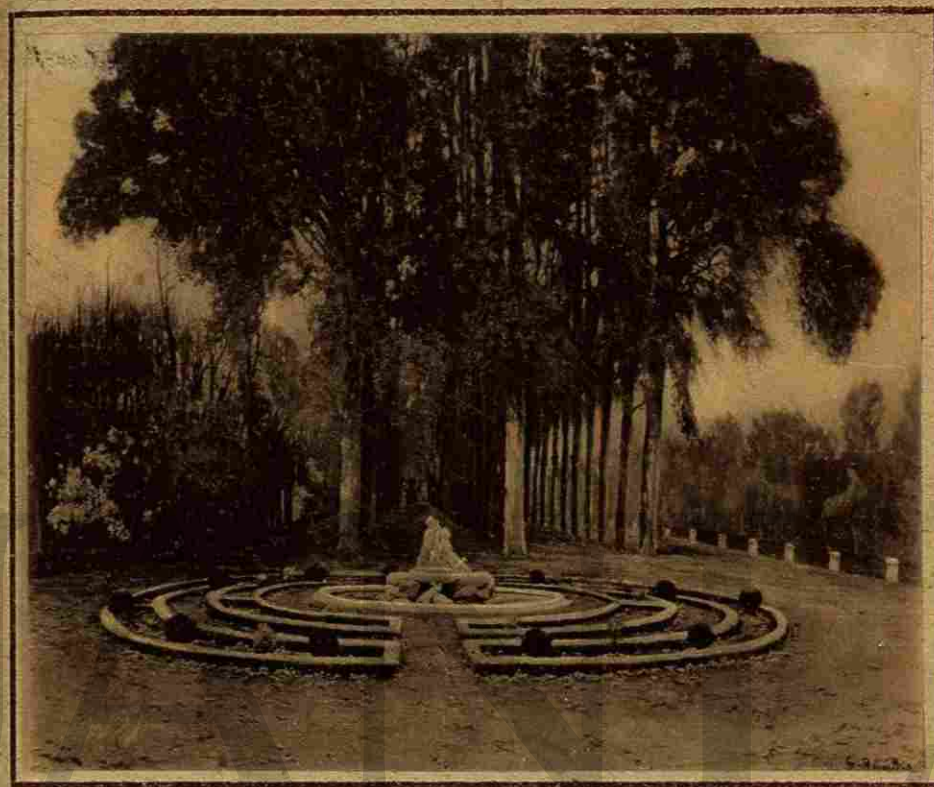


LA GLORIETA
(ARANJUEZ)

16

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

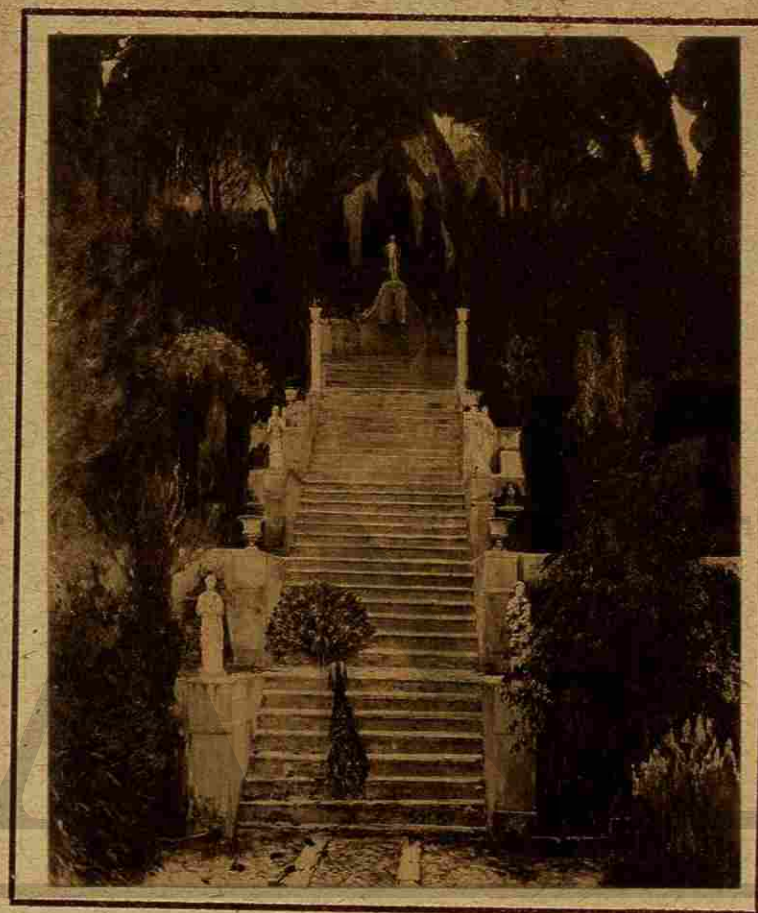
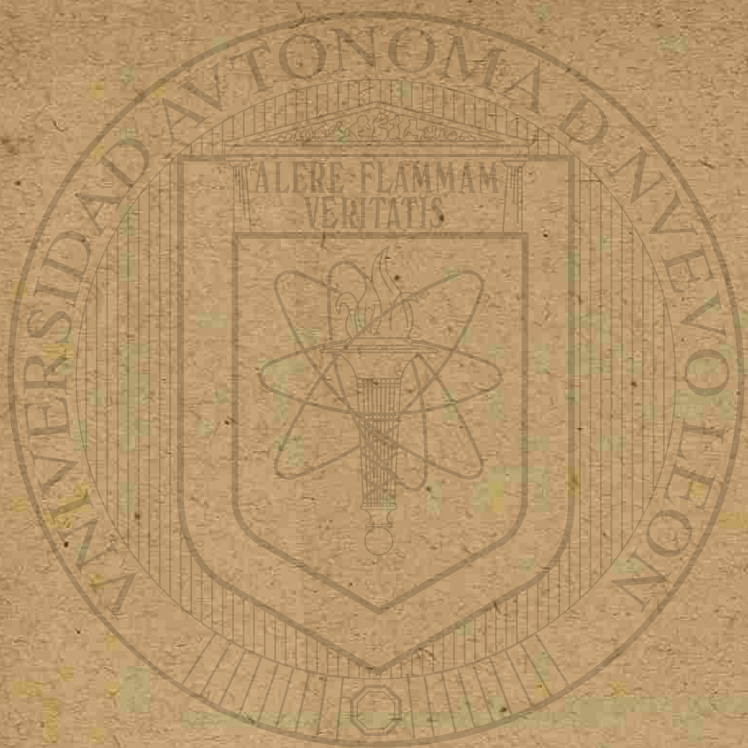


JARDIN DE LOS REYES CATÓLICOS
(ARANJUEZ)

17

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JARDÍN SEÑORIAL
(MALLORCA)

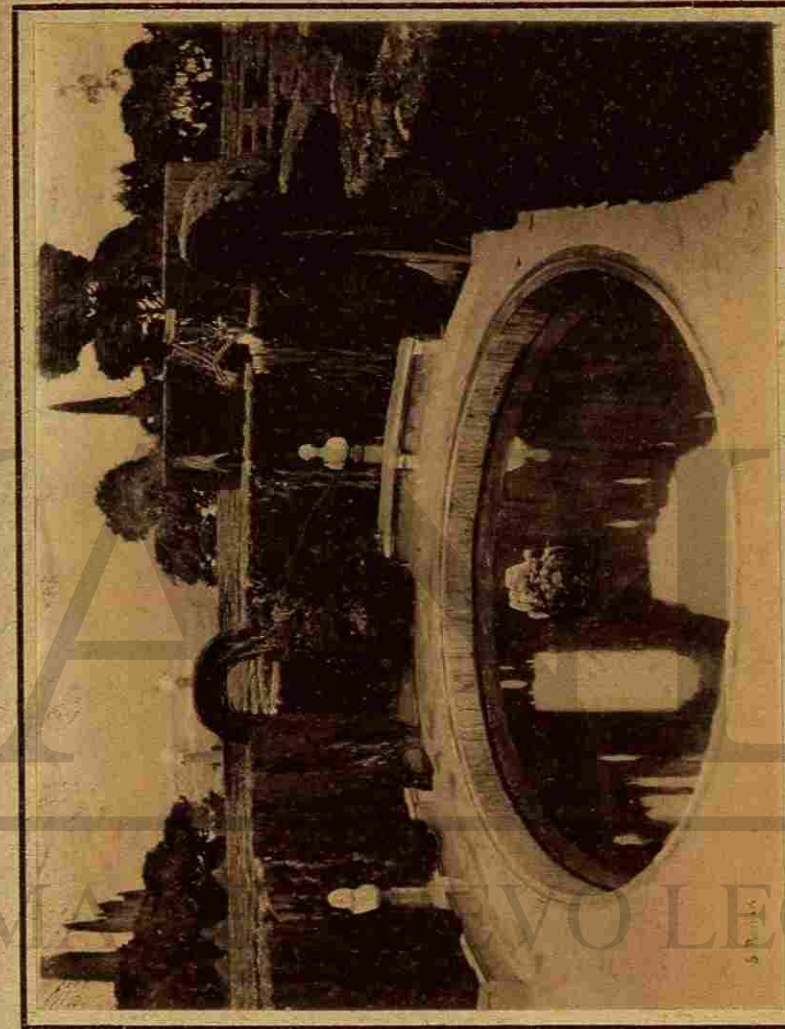
18



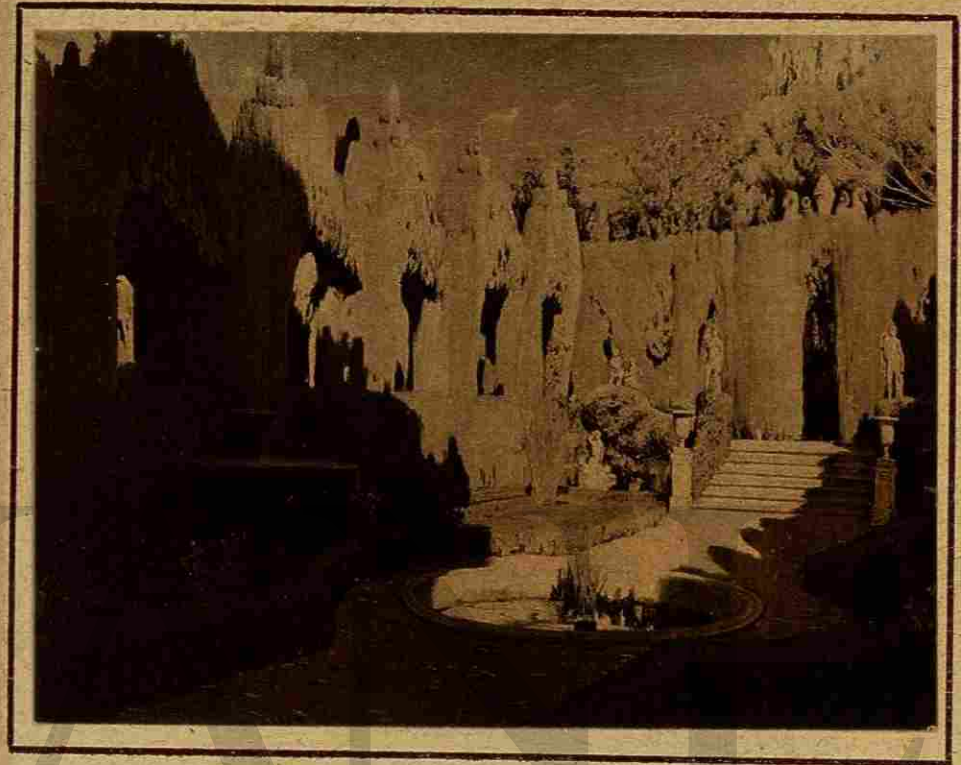


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL LABERINTO
(BARCELONA)



NEO CLÁSICO
(VALENCIA)

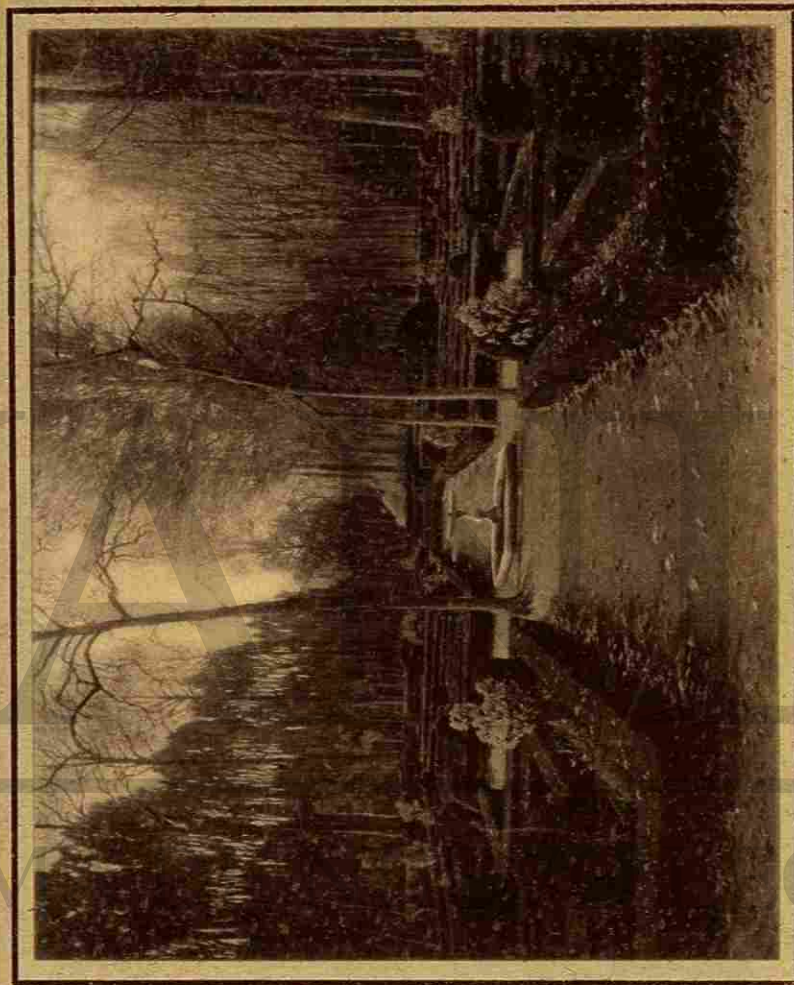
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

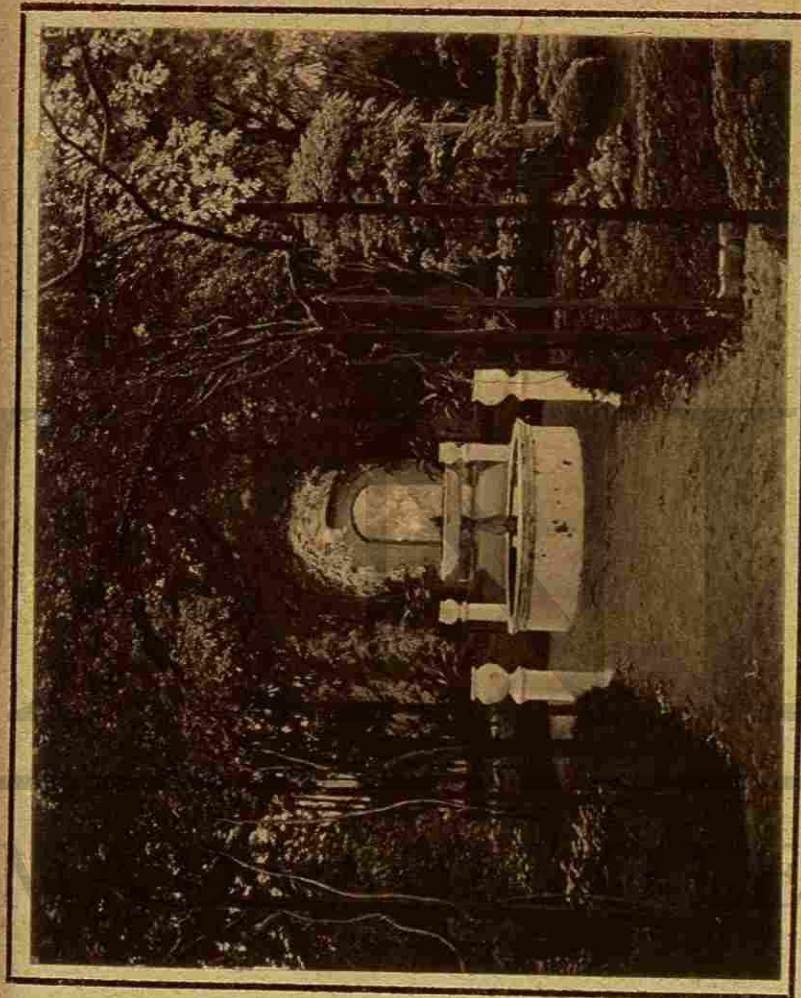


«NOVIEMBRE»
(ARANJUEZ)

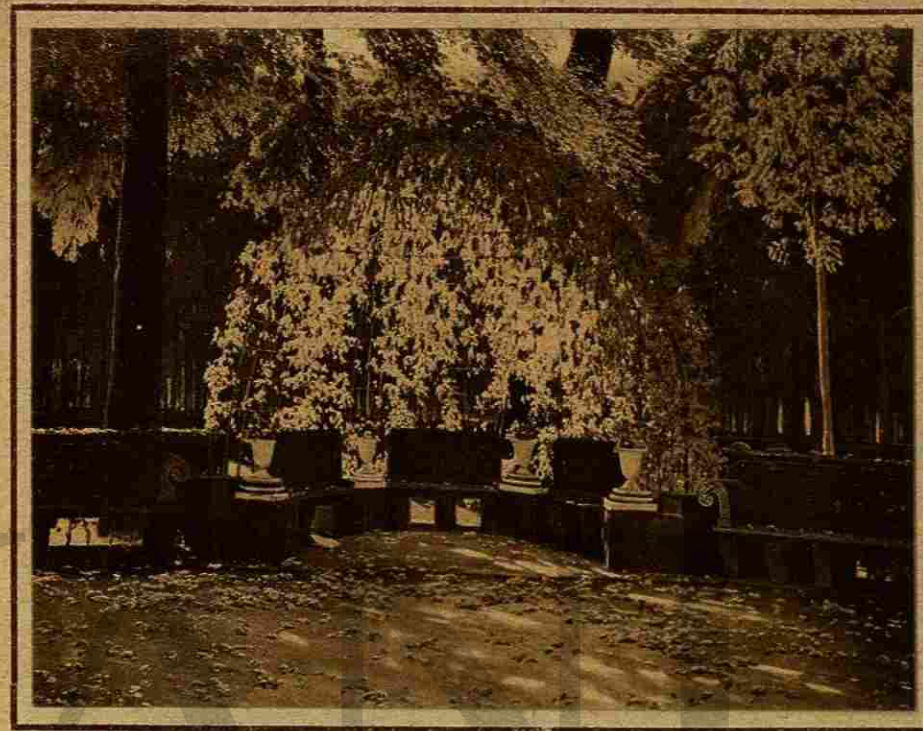


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JARDÍN DE GERONA

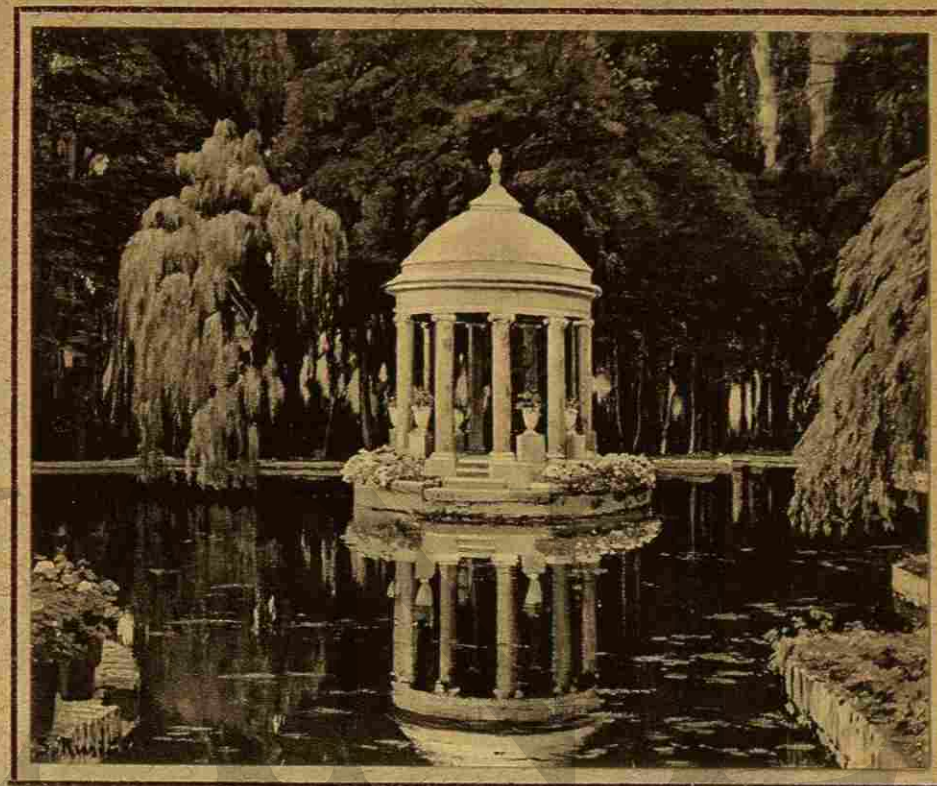


GLORIETA ROMÁNTICA
(ARANJUEZ)

23

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CHINESCO
(ARANJUEZ)

24

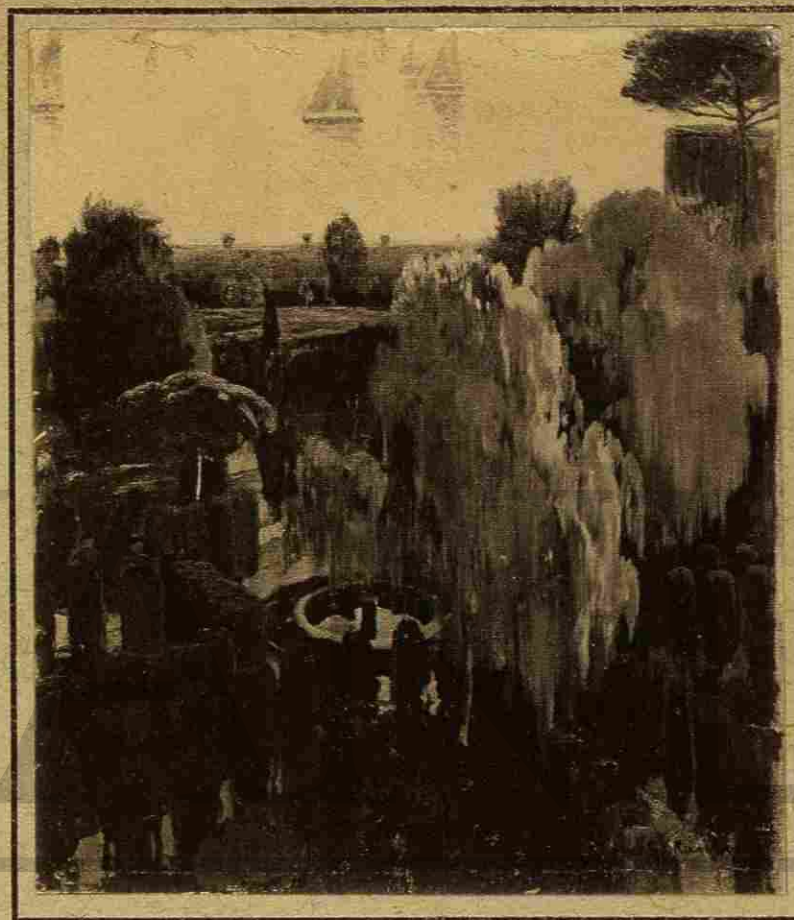
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JARDIN DEL PIRATA
(MALLORCA)

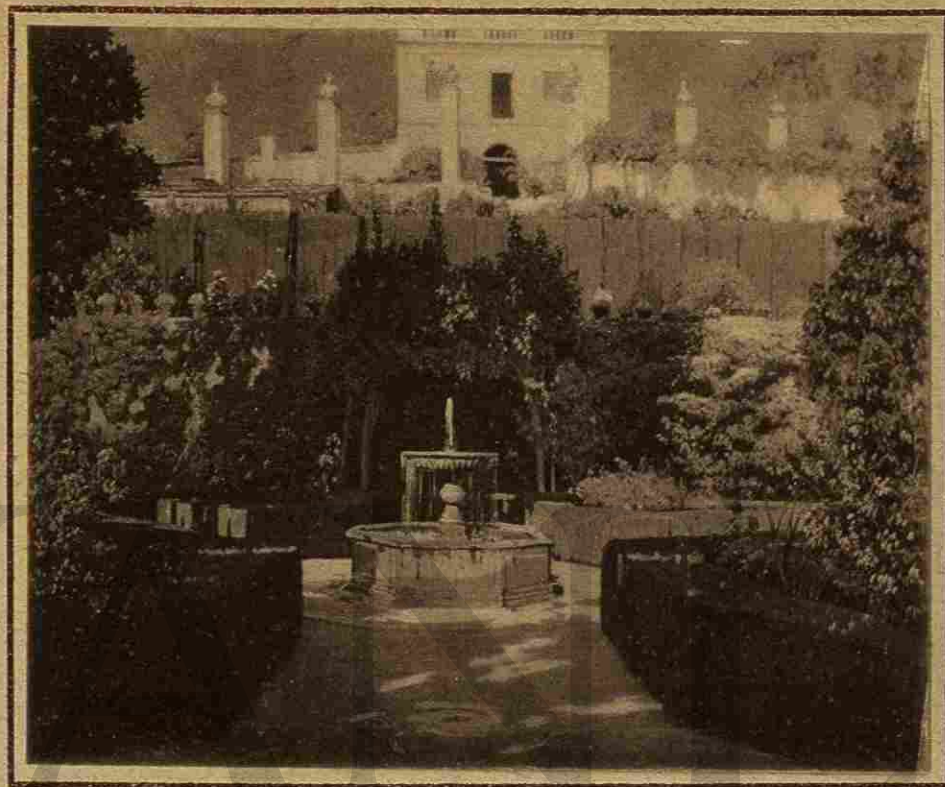
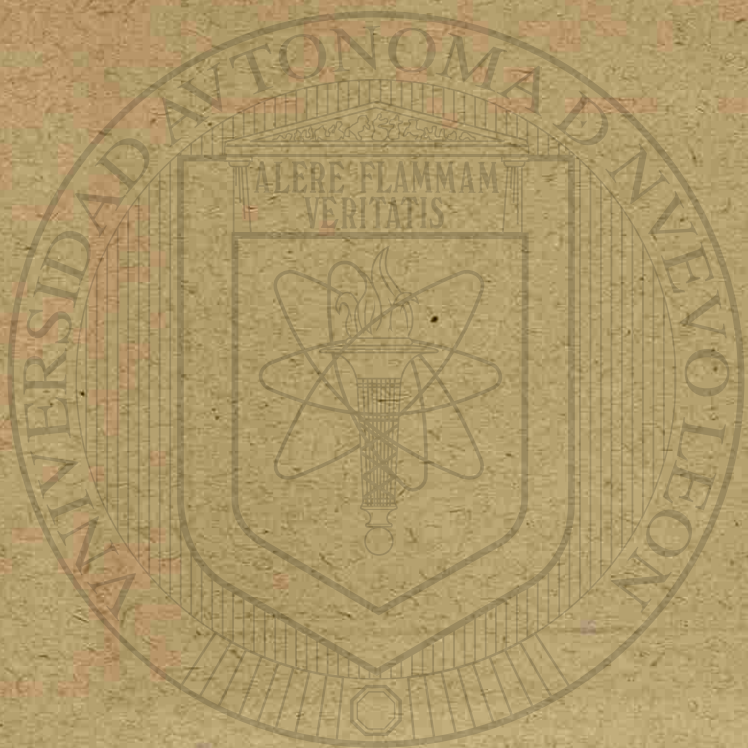




PASEO DE PINOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

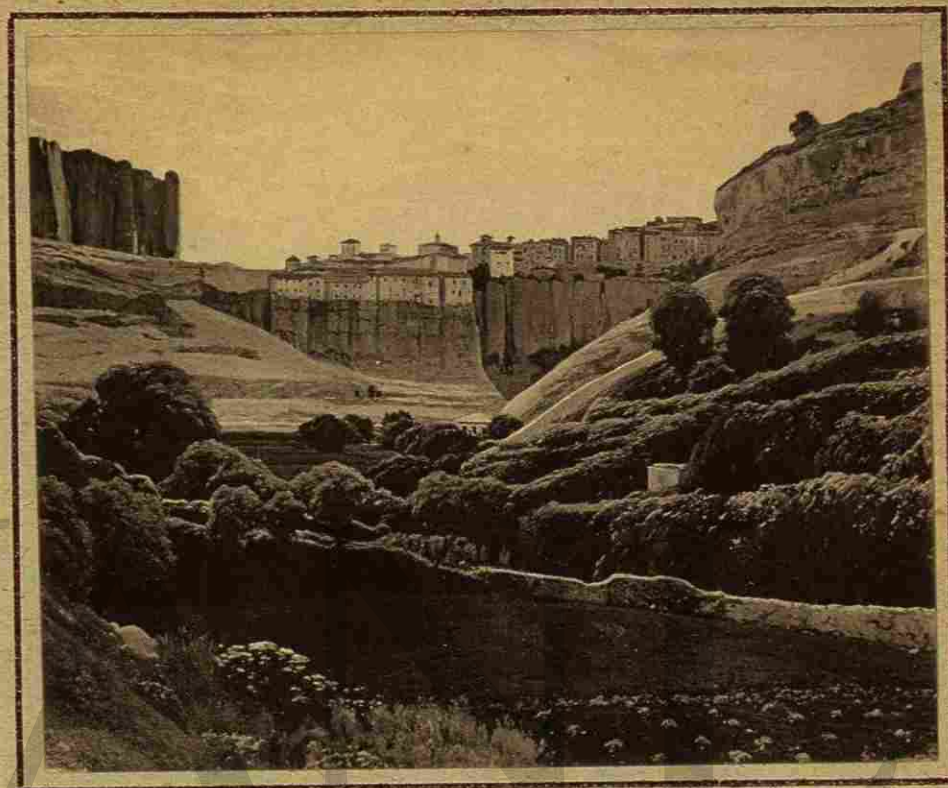


GENERALIFE
(GRANADA)

27

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CUENCA

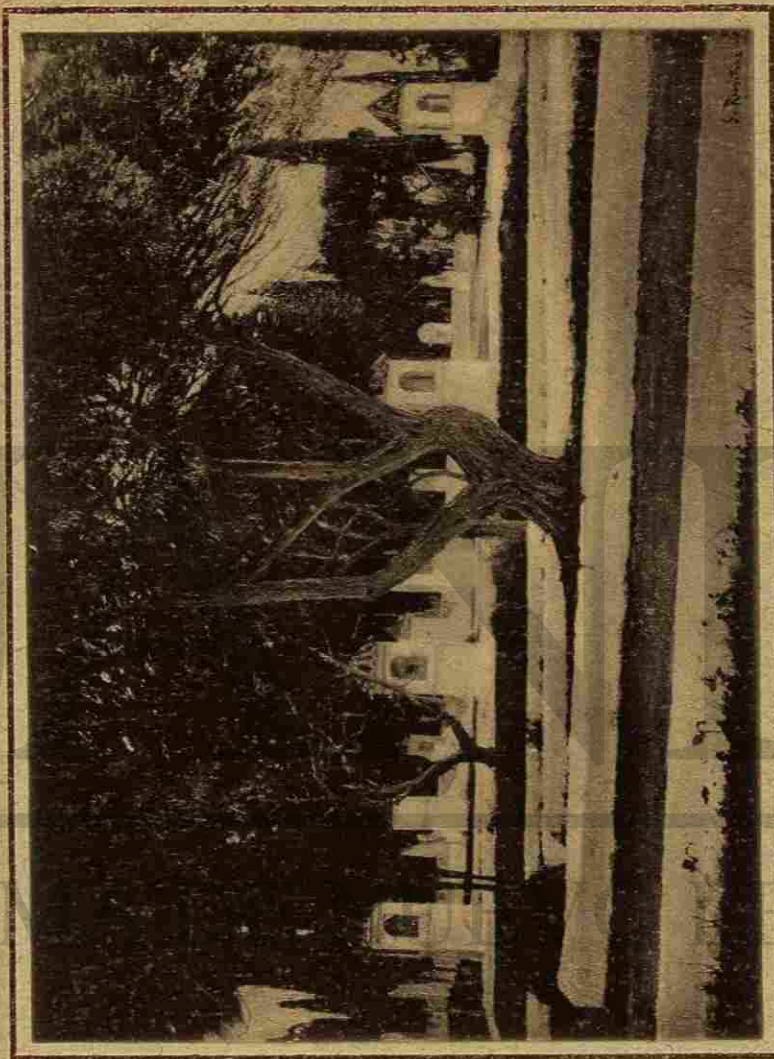
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

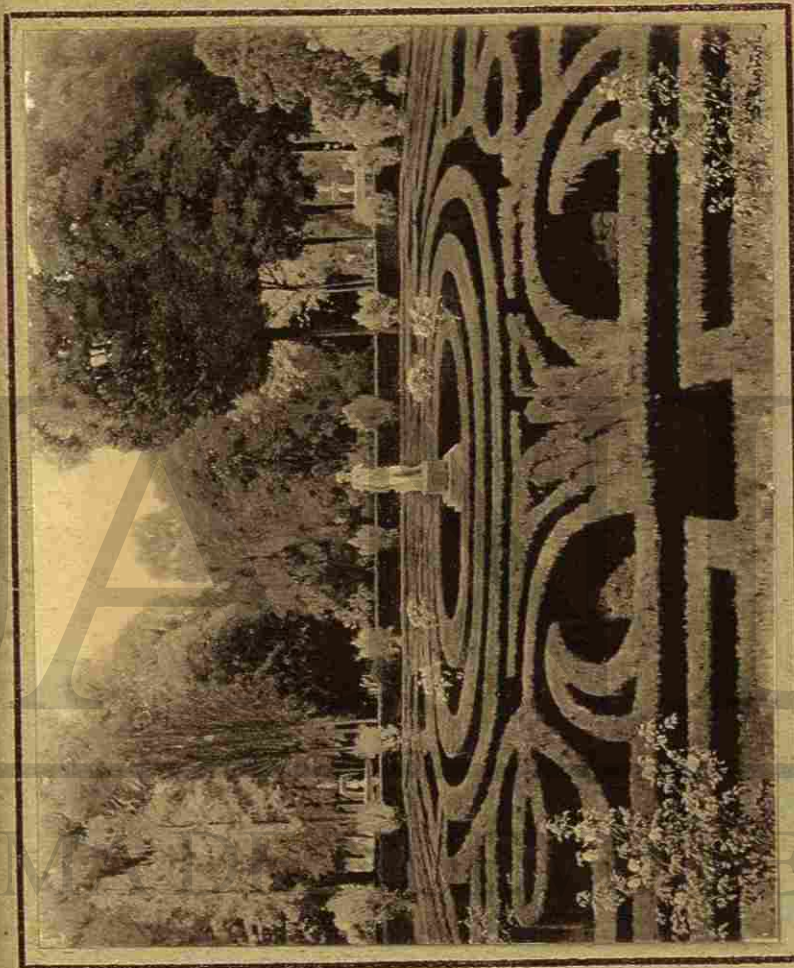


CALVARIO
(VALENCIA)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

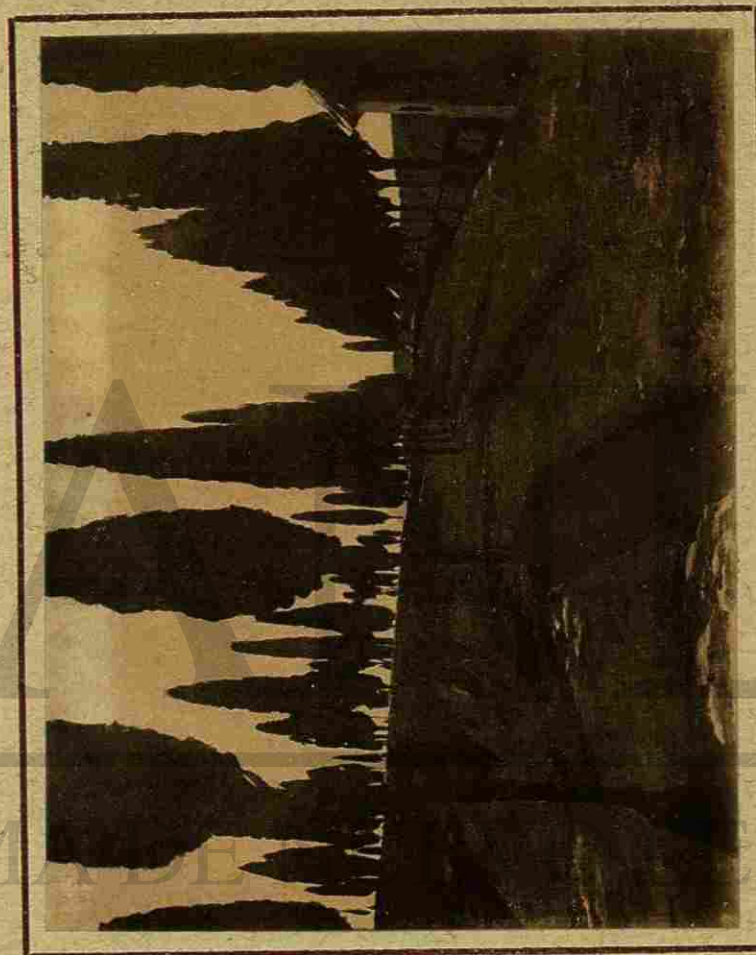


JARDÍN DEL FAUNO
(ARANJUEZ)



UNIVERSITAT AUTONOMA DE BARCELONA

DIRECCIÓ GENERAL DE BIBLIOTECAS



31

CALVARIO
(VALENCIA)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ÚLTIMO JARDÍN
(MONTSERRAT)



DAD AUTÓNOMA EN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TEC